

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

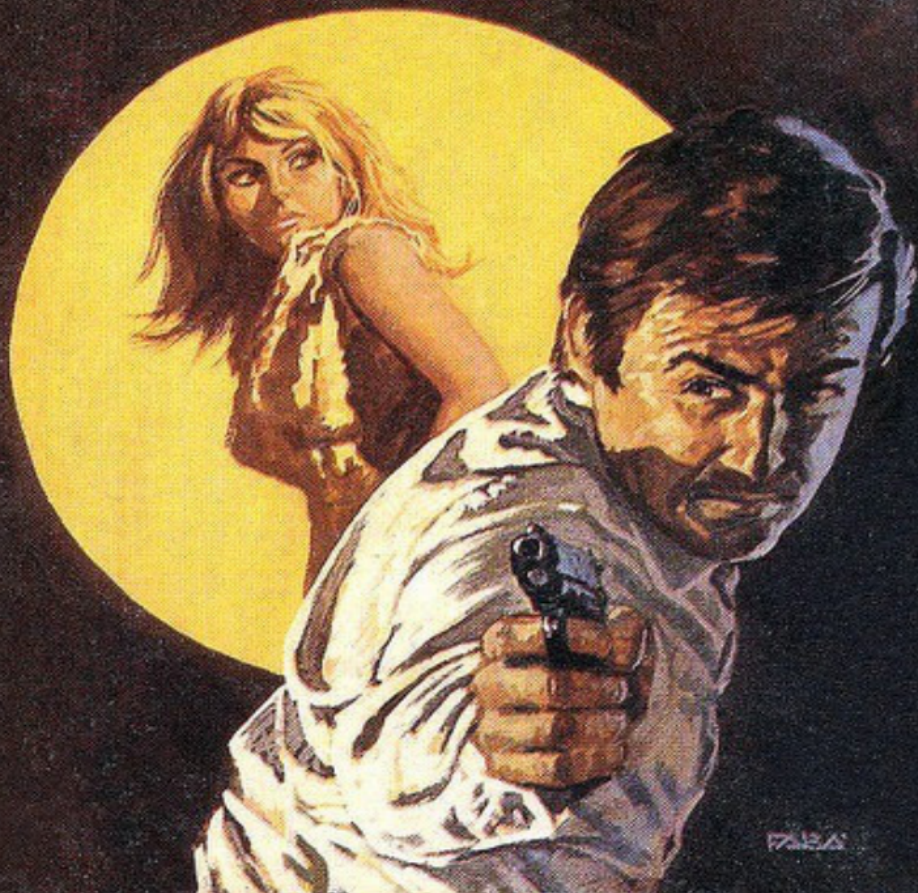
BOLSILIBROS



POLICIAZO

EL PLAY-BOY DE LAS FUNERARIAS

Ralph Barby



EL PLAYBOY DE LAS FUNERARIAS

RALPH BARBY

CAPÍTULO PRIMERO

La pistola seguía fría en mi mano, era una pistola pequeña, una pistola que no llegaba a pesar ni cuatrocientos gramos, una pistola de seis cartuchos del seis treinta y cinco y que apenas se podía empuñar, me sobraban dedos, una pistola en la que yo no confiaba demasiado porque era vieja y se había dejado de fabricar hacia mucho tiempo, pero me habían asegurado que era una automática bastante fiable, una Colt 25.

«Dale al gatillo, muñeco, y verás como el tipo que esté delante de ti baila por última vez», me habían dicho, y yo, para estar seguro de que no me tomaban el pelo, había quemado un par de docenas de cartuchos en un bosque, disparando contra unas latas de cerveza y puedo jurar que no se me encasquilló el arma ni una sola vez.

Confieso también que no le di al bote en todas las ocasiones, y me callo las veces que fallé, que cada cual piense lo que le dé la gana, a mí me importa un pimiento.

El tipo estaba en el suelo, a un paso de mí, calentito aún, sobre un charco de sangre. No sentí ganas de reír ni de vomitar y con la pistola en la mano, me dije:

«Jasper, eres un imbécil.»

Si alguien llega a oírme, hubiera opinado que decía la verdad. El muerto, por supuesto, estaba calladito para siempre, aunque había quedado con la boca abierta, como si en el último instante hubiera querido decir algo. Tenía los dientes demasiado perfectos para ser naturales, debían ser de porcelana, aquel tipo siempre había tenido «pasta».

Observé su rodilla derecha doblada, el pie calzado, como si fuera la fotografía de alguien que fuera a echar a correr, pero aquel tipo estaba en el suelo, no correría más.

¿Cuántos orificios de bala tenía? No iba a contárselos, no tenía ningún

deseo de moverlo de como estaba y no es que pensara que había quedado muy fotogénico para los muchachos de la policía.

Empecé a tener un leve sudor en la espalda y en las palmas de las manos y también debía tenerle en los pies, pero los calcetines me impidieron darme cuenta de ello. El que debía correr era yo...

—La madre que me parió, si me atrapan palmo con todas las de la ley —me dije, o algo parecido, no recuerdo exactamente las palabras.

Todo comenzó el día en que me dejaron en el paro, bueno, no quiero decir que fuera ese mismo día ni el día antes, fue uno de esos días en que me entró la «depre».

Yo no era un tipo para estar en el paro. La verdad es que estaba seguro de que no permanecería mucho tiempo sin trabajo.

Vendía automóviles, automóviles caros. Había empezado mi vida profesional vendiendo coches de segunda mano, y en eso de vender gato por liebre, anduve años, hasta que me decidí a vender coches nuevos, es decir, me ofrecieron el empleo de jefe de ventas de la Agencia 222 de la Union Automobiles Big Success.

El empleo no estaba mal, jefe de ventas de una agencia de automóviles nuevos, aunque no era toda la aspiración de mi vida, yo había deseado tener mi propio negocio, eso es a lo que aspira todo aquel que está orgulloso de ser un hijo del Tío Sam.

Tenía una secretaria que si tecleaba en la máquina de escribir, chirriaba, no la máquina si no sus dedos. Lo cierto es que no sabía escribir y menos a máquina, pero tenía un tipo magnífico, especialmente sus delanteras y una peluca rubia platino que de lejos era como un semáforo en rojo que hacía parar los coches.

La chica, Linda se llamaba o se sigue llamando, se paseaba tras los cristales de los escaparates y servía de reclamo para los clientes. Yo no sé si pensarían que en vez de una agencia de automóviles era un burdel, pero entraban, no ligaban y se marchaban, o sí ligaban, quedando para otras horas con Linda, porque a mí me parecía que

consumía más vestidos y otras cosas de lo que podía comprarse con el exiguo sueldo que la empresa le pagaba. Ah, se me olvidaba, en la agencia de venta de automóviles había también una mujer de la limpieza que se pasaba tres horas por la mañana fregando el suelo, y por un sobresueldo de unos pocos dólares, le daba algo de brillo a los coches.

Bueno, no se gastaron mucho en personal, claro que la agencia tampoco estaba en la Quinta Avenida de New York. El caso es que como sólo vendí cinco coches en un año, optaron por darme el pasaporte a la mierda y me vi en el paro. Y yo me dije: «Jasper, eres el mejor tipo vendiendo coches que hay en toda la Unión. ¿Te vas a quedar sin empleo?»

Retorné a la venta de coches usados, pero mi plaza ya la había ocupado un joven ágil como una ardilla y que cobraba la mitad de salario al que yo aspiraba, de modo que me fumé un cigarrillo con filosofía y me dirigí a otra parte. Una semana más tarde, con los pies cansados de andar de un lado para otro, me puse en la cola de los desempleados que buscan trabajo en las oficinas de colocación.

«Jasper, esto no es lo tuyo, me dije, estás jodido.»

Metido en la cola, con un papel relleno en la mano por triplicado, recordé que me habían dicho que fuera a la universidad para terminar una carrera, y yo me dije que me podía ganar más «pasta» empezando a trabajar pronto.

Yo tenía inteligencia natural y el don de la palabra, sí, le daba a la lengua con facilidad, hasta que comencé a mordérmela. Bueno, las cosas no resultaron tan fáciles como yo suponía y pensé en volver a la Universidad, pero mi familia se desentendió de mí. En la universidad de Harvard me pedían casi diez mil dólares por la matrícula, lancé un silbido y decidí «Jasper, esto no es lo tuyo».

Si hubiera nadado unos segundos más rápido, si hubiera corrido unos segundos más aprisa, saltado unos centímetros más alto o encestado más que otros, me hubieran dado la beca para estudiar en la universidad.

Yo estaba a punto de conseguir lo más difícil, mas nunca llegaba a ser el campeón.

Mido un metro noventa, bueno, tampoco hay que exagerar, me faltan unos pocos centímetros, pero no tengo mal aspecto. Nadie me nombra a mi madre en la cara a menos que sean tres o cuatro y encima lleven

armas, todo tiene un límite, claro.

Ah, me olvidaba, me ligué a Linda y lo único bueno que conseguí como jefe de ventas en aquella agencia es que me acosté unas cuantas veces con ella. Después, me cansé, era como morder y morder siempre la misma manzana. Linda era la ilusión, el deseo que está al otro lado de los cristales. Después, cuando uno gozaba ese deseo, se decía que no era para tanto.

No voy a explicar mis desgracias, soy un americano más al que le metieron en la cabeza que debía triunfar o reventar. Para que un americano no se frustre y no se hunda en el alcohol, las drogas o en el suicidio, ha de triunfar en la vida, claro está que eso de triunfar es muy elástico, cada cual tiene su propia opinión sobre el triunfo y cuando uno piensa que el triunfo es comprarse un coche «Ford» del año, otro piensa que eso es una mierda, todo es relativo.

«Jasper, eso de vender coches ya no es lo tuyo», pensé. Tenía que encontrar otro tipo de trabajo, algo distinto que me abriera un futuro y el futuro me lo abriría un millón de dólares, pero ¿de dónde iba yo a sacar un millón de dólares?

Pensé que atracar un Banco sólo me conduciría a la cárcel más próxima y ése futuro era aún más negro, no me interesaba. Si pudiera encontrar a un tipo al que le sobrara un millón, yo tenía labia y...

Con la sesera llena de burbujas rellenas de ilusión, empecé a buscar. Tenía buen aspecto y media docena de trajes a la medida que me había hecho confeccionar al ser nombrado jefe de ventas. Podía entrar en los lugares más lujosos sin que nadie me observara con reserva, sólo había un problema que se llama

«dinero». Los lugares elegantes adonde solían acudir los tipos que tenían las cuentas corrientes crecidas resultaban muy caros. Un whisky costaba cuatro veces más que en cualquier otro sitio, y menos mal que yo no era un bebedor.

—¿Me das fuego, encanto? —me pidió una espléndida morena que llegó a despertar mi quinta extremidad.

Saqué mi sobre de fósforos y encendí uno. Si el mechero no era de oro macizo, mejor no presumir de él.

—¿Estás solo, encanto? —me preguntó después de echar la primera bocanada de humo en dirección a mí.

—Porque tú quieres.

Ella se sentó junto a mí en el alto taburete. Se me había olvidado decir que me hallaba acodado en la barra de un night club importante, un lugar donde había poca gente o por lo menos, así me lo parecía a mí.

—¿Me invitas?

—¿A qué?—pregunté.

—Champaña francés —respondió, con una sonrisa que parecía prometerme el paraíso en forma de cama.

—¿Es que quieres que tu patrón te condecure?

—Muy gracioso.

Bajó la mirada y dio dos chupadas más a su cigarrillo, justo las dos que le hubiera dado yo en determinados promontorios que ella se encargaba de realzar. He de puntualizar que en aquel local las chicas de alterne no practicaban el top-less.

Alzó luego la mirada como quien ha comprendido y me preguntó:

—No me digas que estás sin blanca.

—Busco un buen empleo que me lleve al paraíso del éxito.

—¿Sin trabajo?

—O.K. —respondí, y bebí un trago de mi whisky on the rocks. La miré y añadí—: ¿Te puedo invitar a un whisky?

—¿Podrás pagarlo? —me preguntó, y tuve la impresión de que era sincera, que no trataba de humillarme.

—Oh, sí, no temas, claro que por tenerte un rato a mi lado, hasta pediría un crédito gravado con intereses de usura como se estila ahora.

—O.K. —aceptó ella—, así el encargado no podrá tirarme de las

orejas.

Pedí un whisky y me encogí de hombros ante la marca, deduje que sería auténtico scotch.

—¿Quieres probarlo? —preguntó la chica, dándome a entender que bebía whisky escocés a mi costa y no agua coloreada.

—No, preciosa. ¿Cómo te llamas?

—Palm.

—Palm, estoy buscando algo grande. Ya sé que los buenos empleos no se encuentran con un carnet o un título, sino teniendo familiares muy bien colocados o amistades que en cierto modo, a la corta o a la larga, quieren utilizarte de alguna manera. Te ofrecen un buen empleo en un lugar clave y después, cuando llega el momento, te piden «el pago de favor».

—Y tú no tienes familia ni amistades importantes.

—O.K., diana.

Encendí un cigarrillo, me imagino que ponía cara de cínico sarcástico y le debí caer bien a Palm.

—¿Y qué es lo que sabes hacer?

—Cuando uno no tiene títulos ni diplomas, suele decir que sabe hacer de todo. Lo mismo peloteo una letra de cambio que rejuvenezco un coche usado en cincuenta mil kilómetros.

—Me caes bien. —Me miró intensamente a los ojos.

—Me llamo Jasper y no aspiro a convertirme en un robot de cuello azul ni de cuello blanco.

—Comprendo, no quieres que te encierren en una fábrica ni en unas oficinas.

—O.K., Palm. La verdad es que estoy más confundido qué un adolescente ante su primera novia desnuda, no sé por dónde empezar.

—Aquí suelen venir tipos interesantes, propietarios de pequeñas empresas que presumen de rumbosos. En realidad, sus gastos van incluidos en su publicidad personal. Mira, aquel tipo que está solo en la mesa con una botella, es un director de banco.

—Quizás ese tipo me podría ofrecer algo —Le dije.

—¿Quieres ser banquero?

—Prefiero tener mis billetes da Banco sólo para mí. Oye, ¿puedes presentármelo?

—¿Como qué?

—No sé, como especialista en cobrador de morosos.

Palm se echó a reír y pude ver más parte de su busto. Pensé que sería muy agradable palparle aquellas dos maravillas que poseía, coronadas por unos pezones que de momento sólo podía imaginarme.

—Anda, ven conmigo.

Cogió su vaso y yo llevé el mío. Llegamos hasta la mesa y por primera vez me fijé en aquel tipo que iba a traerme tan mala suerte.

Los directores de Banco siempre me han producido repeluznos, será que no congracio con ellos. Al acercárseles, uno tiene la sensación de que es un pordiosero y de que ellos son dioses, que pueden dar o

quitar fortunas, claro qué si las dan, siempre es con unos intereses que son verdaderas dentelladas.

—William...

El tipo alzó la cara y rápidamente observé que había bebido demasiado, sus ojos brillaban. En aquel momento podía haberle endosado un coche usado de tres años con suma facilidad.

—¿Sí?

—Te presento a un amigo que también está solo, podemos charlar.

—¿Ah, sí? —preguntó como un estúpido.

—Me llamo Jasper.

—¿Y a mí qué me importa?

Comprendí que si mencionaba, aunque sólo fuera de pasada, la palabra «banco» o «banca», el encuentro haría crack y yo tendría que buscar a otro lila.

En aquellos momentos tuve la impresión de que me estaba convirtiendo en un zorro, pero ¿qué no ha de hacer un hombre por su supervivencia?

—¿Qué te parece si cogemos a Palm y a otra chica y nos vamos a otra parte? —pregunté con desenfado.

—Yo estoy bien aquí —respondió.

Me encogí de hombros y repliqué:

—Como quieras.

Palm me miró con desencanto, como si lamentara haber fallado.

—Palm, ¿te dijo algo John?

Ella me miró desconcertada, pero sólo un par de segundos. Rápidamente, cambió de actitud y comprendió que yo pedía su colaboración. Por supuesto, Palm se percató de que al tal John sólo existía en mi imaginación.

—No, no me dijo nada —mintió, siguiéndome la corriente por ayudarme, lo que me hizo deducir que terminaría acostándose con ella, y era seguro que sería una gozada de la que no iba a olvidarme en mucho tiempo.

—Le di la paliza que el tipo se merecía y luego me liquidó el pagaré que tenía pendiente. Hay momentos en que hay que ser algo duro con esos tipos que no pagan.

El instinto de banquero hizo que William Campbell me mirara con más atención. Bebió un trago y luego se atrevió a preguntar:

—¿Estás metido en una financiera?

—Trabajo independiente, a tanto por ciento.

—¿Sobre qué? —preguntó de nuevo.

—De los impagados que consigo cobrar sin necesidad de que pasen por tribunales.

—Hombre, eso es interesante. ¿Y te va bien? —preguntó.

Sacudí ligeramente mi impecable traje, comprado para ser jefe de ventas en una agencia donde sólo tenía que ser jefe de una chica que servía de anzuelo a los incautos.

—No me va mal, estuve en California hace unos días. Un trabajo difícil, el tipo estaba convencido de que no pagaría

—¿Y soltó la pasta? —preguntó Palm para ayudarme en mi camelo.

Me pareció que William Campbell, el banquero, estaba cada vez más interesado en mí. Los ojos le brillaban mucho al mirarme, debía empezar a parecerle más atractivo que la mismísima Palm que estaba a mi lado; claro que en aquellos momentos, yo podía aparecer ante sus ojos con la figura del dólar y para un banquero que se precie, un dólar debía resultar más atractivo que una magnífica hembra.

—¿Y consigue cobrar todos los encargos que se le hacen?

—Hasta ahora, todo va muy bien —le dije, con la mayor naturalidad del mundo.

Chasqué los dedos y le pedí a un camarero que pasaba cerca:

—Otro whisky con hielo.

—¿Eres de la Mafia?

—No, soy totalmente independiente, claro que si el que no paga es miembro de la Mafia, el asunto tiene que resolverse por otros derroteros.

—¿Y qué trabajos más haces?

—Chapuzas de poca monta no me interesan —dije, cuando el camarero me trajo otro whisky y la cuenta, sin que se la hubiera pedido. La miré de reojo y la desprecié.

William Campbell estaba mordiendo el anzuelo. No sabía cómo terminaría todo aquello, pensé que sería fácil sacarle algún trabajo bien pagado, lo que no me imaginaba era la putada que a la larga iban a hacerme.

—Encanto, os dejo —me dijo Palm—. Sois muy aburridos, siempre estáis hablando de negocios.

Se levantó de la silla, ofreciéndome una panorámica de sus magníficas nalgas, prietas y tan redondeadas que no pude resistir la tentación de darle un par de suaves palmaditas, como diciéndole: «Cuídate, que luego nos veremos.»

—¿Usa revólver? —me preguntó el banquero de pronto, como un disparo a bocajarro.

Me lo quedé mirando fríamente. Aquel tipo había mordido fuerte, muy fuerte, se había tragado el cebo hasta las tripas. ¿Qué iba a ocurrir luego?

CAPÍTULO II

Tuve la impresión de que el banquero Campbell se había interesado por mí o por la clase de trabajos que yo hacía o suponía que hacía, pues no era cierto lo que le había contado.

Ah, se me olvidaba, me llamo Jasper... Sí, sí, ya sé que lo he dicho en el anterior capítulo de mis historia, pero para que no se olvide, lo repito. Mido algo más de metro ochenta y tengo un aspecto algo delgado, aunque las chicas dicen que soy ancho de espaldas y los slips estrechos me quedan bien, aunque han de ser un poco grandes por donde ya puede imaginarse. No es que presuma de virilidad a ultranza, pero me gusta dejar las cosas claras.

Se emborrachó, bebió demasiado. Palm estaba riéndole las gracias a otro cliente que sí había pagado champaña francés, pero de vez en cuando me miraba de reojo y cuando yo coincidía, le guiñaba un ojo.

Cada vez tenía más ganas de quitarme de encima al banquero e irme a buscar a Palm para cogerla por un brazo y... El resto, imagínatelo, lector.

—Me caes bien, tú me caes bien —tartajeó Campbell. Sacó un llavero y me lo tendió—. ¿Puedes llevarme a casa?

Estuve a punto de mandarlo al infierno, no me gusta hacer el papel de niñera. «Si por lo menos tuviera los millones en casa, en vez de en la caja fuerte del Banco», pensé.

En realidad, William Campbell no era el propietario del Banco, si no director ejecutivo de una importante sucursal bancaria. De todos modos, él tenía acceso al dinero y a los ordenadores, de modo que sí podía darme algunos trabajos extras, y quizás, más adelante, ascendiera en la graduación de la profesión de los

«buscavidas».

—Vamos, amigo, arriba —le dije. Le vi la cartera, se la saqué y llamé al camarero—. La cuenta —pedí.

—En seguida, señor.

—Antes llévale una botella de champaña francés a Palm de mi parte.

—¿A Palm?

—Sí, a Palm, aquella preciosidad morena que está allí.

—Oh, sí, claro. ¿Lo cargo en cuenta?

—Pues claro, lo que se ha bebido éste y el champaña.

El camarero me vino con una cuenta que preferí no mirar, no me gustaba tener hipo después de tomar whisky. Saqué la tarjeta de crédito del banquero y le palmoteé la cara.

—¿Eh, qué pasa?

—Hay que pagar la cuenta antes de marcharnos. Anda, firma la cuenta y que pasen la tarjeta por la maquinita. Vamos, banquero.

—Ah, si, ¿dónde he de firmar?

Palm me lanzó un beso y el tipo que estaba junto a ella me miró huraño. Yo la saludé con la mano libre que me quedaba, pues con la otra ayudaba a caminar a Campbell. Un camarero me ayudó a sacarlo a la calle.

—¿Cuál es tu coche?—fe pregunté.

Su coche era un «Lincoln» nuevo e impecable en su versión de lujo.

—No está mal, no está mal —dije, cuando lo puse en marcha.

Lo llevé a su casa. No era una residencia a lo multimillonario, si no la típica casa confortable del americano medio alto que gana por encima de la media anual de los sesenta mil dólares.

—La alarma, espera, la alarma —balbuceó.

Introdujo un llavín en un lugar oculto y desconectó el sistema de alarma. Abrimos la puerta y penetramos en la casa. El tipo se fue de bruces al suelo y yo encendí un cigarrillo, mientras él reptaba sobre la

moqueta. Examiné las porcelanas que tenía en las estanterías, porque aquel sujeto no parecía muy aficionado a los libros. Él consiguió subirse a un sofá y caer de costado en él.

—Una copa, dame una copa-pidió.

Alargué la mano y tomé una copa de cristal, preciosa, que estaba allí como una verdadera joya. Se la tendí a William Campbell que la tomó entre sus dedos y automáticamente se la llevó a la boca, dándose cuenta de que dentro no había nada.

—¡He pedido una copa!

La copa de cristal voló y se estrelló contra las piedras de la gran chimenea del salón.

—Es una pena —dije, encogiéndome de hombros—. Parecía bonita espero que luego no diga que se la he roto yo.

El banquero, autoritario, insistió:

—¿Me das una copa?

Le di la espalda y me quedé mirando una fotografía enmarcada en plata maciza en la que aparecía una mujer en bikini. Silbé de admiración, era una morena que secaba el paladar y... Bueno, no digo lo que sucedía.

Estaba muy bien formada, tenía una cinturita delgada, unas caderas bien redondeadas, unos pechos altos y plenos, los ojos grandes, hermosos y brillantes. Su boca era algo grande y dentro de ella cabían... Insisto, esto no es un relato pornográfico, es lo que a mí me ocurrió, sí, lo que me ocurrió por idiota. No olvides que estoy junto a un cadáver con una pistola de seis tiros entre mis manos, una «Colt» 25 para ser más exactos.

—Una copa —volvió a pedir, ahora suplicante.

Abrí un cajón de una cómoda y descubrí una cajita de ampollas de caféina, por lo que deduje que no era la primera vez que aquel tipo se emborrachaba. Fui a la nevera y encontré una lata de coca-cola. La abrí, llené medio vaso, tomé dos ampolletas de disolución concentrada de caféina y las vacié dentro de la coca-cola. Después, me acerqué a William y le dije:

—Agugu, nene guapo, bebe coca-cola, gugu. Si no te la tomas, mañana te llamarán el chato del puñetazo que voy a darte, a gugu...

William Campbell se me quedó mirando fijamente. Me pareció que los ojos se le hacían más saltones, tenía la misma cara que un niño que está mirando a un payaso exageradamente pintado.

De pronto estalló en una carcajada.

—Vaya, parece que le ha gustado el número, o quizás mi porvenir estaba en el circo —me dije. Sostuve el vaso de coca-cola cargado de caféina y para que no se vertiera, se lo hice beber.

Me volví para mirar de nuevo a la mujer del cuadro.

—Jo, qué tía-dije.

Me dio la impresión de que aquella mujer no se chupaba precisamente el dedo, sus ojos advertían que estaba muy segura de su atractivo personal sobre los hombres. Suspiré, me acerqué a la tele y la puse en

marcha.

Dos tipos se estaban dando puñetazos, era un combate de boxeo. La verdad, no estaba al corriente de

quiénes eran ni qué se dilucidaba en aquel combate, pero me apetecía comerme un par de manzanas. Fui a la nevera, encontré las manzanas que deseaba y me dispuse a ver el combate que estaba en el primer asalto y llegó a los quince. No sé quién ganó, pero yo me comí las manzanas y dije que había mucho tongo.

Cambié de cadena y una mujer lloraba desesperada porque había perdido a su amor. Dejé el sonido puesto, porque William Campbell roncaba y eso aún resultaba peor de oír.

Me fui a dar una vuelta por la casa, he de admitir que no estaba nada mal. El cuarto de baño de la suite principal era una maravilla, con bañera grande y redonda y color champaña. No lo dudé, abrí el grifo de agua caliente y me desnudé. Al poco, estaba metido en el agua y lleno de espuma.

El timbre del teléfono me sobresaltó, no podía ser que me llegara el sonido desde el serial que estaban dando por la televisión en el salón; yo me encontraba ahora en el piso. Busqué con la mirada y vi el teléfono que quedaba al alcance de mi mano. Descolgué.

—¿Sí? —pregunté, dándome mucha importancia. Sólo me faltaba un grueso cigarro entre los dientes para tener aspecto de banquero.

—Jasper, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Y quién diablos eres tú?

—Palm.

—Ah, claro, Palm.

—¿Todo bien?

—Pues sí, el borracho duerme.

—Oye, no hagas ninguna tontería, te meterían en la cárcel. Campbell

es conocido y varios camareros te han visto salir con él.

—No temas, no soy ningún chorizo..., aún —Me reí—. Oye, encanto, ¿cuándo nos vemos?

—Cuando estés libre, llámame al número...

Yo no tenía más que espuma y agua en torno mío, de modo que decidí memorizar el número y confiar en la suerte para no olvidarlo luego.

—Perfecto, encanto, y no temas, no voy a robar al banquero, sólo me estoy dando un baño. ¿Sabías que este tipo está casado?

—Claro, como casi todos los que vienen aquí con nosotras.

—Ya — respondí, sintiéndome un poco tonto.

Cuando colgué el teléfono y volví la cabeza, descubrí a William Campbell de pie junto a la bañera, algo encorvado, como los zombies que sacan en las películas de terror. Tenía los ojos enrojecidos y lo que era peor, un pistolón en su mano, un pistolón que debía pesar cuando menos dos kilos, color negro pavonado.

Aquel cacharro debía disparar balas gruesas como puños y me dije: «Jasper, dentro de la bañera es un lugar limpio para morir, pero ahora no me apetece.»

—¿Quién es usted? —me preguntó el muy cabrito, mirándome fijamente como si fuera la primera vez que me viera en su vida.

9 de 56

—Soy Jasper, nos hemos conocido en el club. Me ha pedido que lo trajera a casa y así lo he hecho. Usted bebe mal, me ha ensuciado y me he permitido tomar un baño. Si tiene miedo de mí, llamé a la policía, ahí está el teléfono. Ah, espero que haya cerrado la tele, el serial era muy malo.

Debí tratarlo con mucha naturalidad, porque bajó el brazo y dejó de encañonarme con aquel pistolón mataelefantes.

Se sentó en un taburete de baño y se pasó la mano por la frente. Yo le

dije:

—Meta la cabeza bajo el agua fría durante medio minuto, le hará bien.

William Campbell me obedeció, dejando el pistolón sobre la tapa de la taza del inodoro y la verdad es que hacía efecto. Yo seguí con mi espuma y mientras él metía la cabeza bajo el agua fría, yo tomé la ducha teléfono, me puse en pie y me quité la espuma. Salí de la magnífica bañera donde una familia de patos lo hubiera pasado en grande.

Me envolví en una toalla y cuando William Campbell se secó la cabeza con otra toalla, volvió a encararse conmigo.

—Tú eres el tipo que cobra los impagados y lo que se presente, ¿verdad?

—O.K., Diana, por lo menos te has acordado de mí. —Iba a dedicarle un insulto, pero preferí reservarlo para otro momento más apropiado.

No había duda de que la cafeína le había ganado la batalla a la borrachera, pero aquel tipo, ni tragando media docena de aspirinas iba a librarse de la resaca.

—¿Cuánto cobras?

Se me encendieron unas lucecitas rojas dentro de la cabeza, mi primer contrato estaba al caer.

—El diez —dije con el mayor de los desenfados, como el que no quiere nada, y yo, en aquellos momentos, no sabía de qué tenía que ser el diez por ciento.

—Es demasiado. Te pagaré el cinco y siempre que yo haya cobrado.

—Si se trata de chapuzas, no cuentes conmigo —respondí para darme algo de tono mientras encendía un cigarrillo y me sentaba en el taburete que el otro había dejado libre.

—Mañana pásate por mi despacho y que quede claro que tú no trabajas para el banco. Eres un independiente y si te metes en pleitos es cosa tuya.

—O.K. —acepté. Cogí mi ropa y salí del baño, no estaba dispuesto a dormir bajo el mismo techo que aquel tipo. Yo iba camino de convertirme en un sinvergüenza, pero él ya lo era confirmado.

CAPÍTULO III

Conducía mi coche por la Big Avenue. Era un buen vehículo, tenía una puesta a punto perfecta y si quería sacarle los doscientos por hora en la autopista, no iba a tener demasiados problemas.

«Jasper, cuando Campbell te pide que cobres un pagaré de ciento diecisiete mil dólares, es que la cosa está dura. Si consigues que el tipo pague, cinco mil ochocientos cincuenta son para ti.»

Era una buena tajada para quien tenía problemas económicos como yo, pero también era una buena tajada la luna y sólo estaba la alcance de los astronautas.

1

El tipo que no parecía querer pagar era un tal Mark Rowtaw, propietario de un complejo hotelero que tenía de todo para pasarlo bien, desde piscina climatizada a sala de juegos.

Estacioné el coche en el parking y no tuve prisa en apearme. Miré a través del parabrisas y me pregunté en qué lugar se escondería Mark Rowtaw. El propio banquero Campbell me había dicho que el tal Rowtaw solía permanecer mucho tiempo en su propio complejo hotelero, porque era de los tipos que llevaban las cosas de forma personalista.

Abandoné el coche, me fui al hall de recepción y me acodé allí. Encendí un cigarrillo con una de mis cerillas.

—¿Desea habitación, señor?

—Vengo a hablar con el patrón —respondí, tras expulsar el humo.

—Me temo que aquí no hay trabajo para nadie más.

—Dile a tu patrón que quiero hablar con él y no me gusta perder el tiempo.

—Y usted, ¿quién es?

Alargué las manos y le cogí la corbata. Empleando un truco que me

habían enseñado en mis tiempos de jugar al billar, le ajusté bruscamente la corbata, de tal forma que lo dejé medio estrangulado.

Se puso rojo y le metí un dedo horizontal y muy duramente en el hígado, consiguiendo sorprenderlo.

—Dile a tu patrón que quiere verlo Jasper por un asunto de su interés. Sería muy malo que tú cargases con el mochuelo si todo esto se hunde —le dije, con mi mejor modo de dureza pero sin levantar la voz.

El conserje resultó bastante impresionable, porque se apresuró a llamar por teléfono por la línea interior.

Repitió mi nombre nerviosamente. Al poco, un tipo alto, calvo y con gafas redondas, salió por una puerta y se dirigió hacia mí. Tuve la impresión de que me había estado observando antes por alguna pantalla de televisión.

—¿Qué desea?

—He dicho que hablar con Rowtaw en persona y no con intermediarios —dije, siempre cortante y duro pero en voz baja, como para que nadie más nos oyera.

—Está ocupado. Si puedo atenderlo en algo...

—Sí.

—¿En qué?

—Le doy treinta segundos para que me ponga a Rowtaw delante.

—¿Y si no puede ser?

—Yo —chasquéé los dedos significativamente— me largo, pero vais a tener fuegos artificiales. Será muy divertido ahora que tenéis el hotel al completo.

El tipo palideció y tuve la impresión de que le brotaban unas gotitas de sudor en las mejillas.

—¿La Mafia? —preguntó, tragando saliva con dificultad.

—No hablo con intermediarios, han pasado ya veinte segundos.

—Venga-me pidió.

Le seguí, llegué a una salita y me dijo:

—Aguarde un momento.

El tipo se marchó y regresó poco después. Al pasar por un angosto corredor con paredes de madera tuve la impresión de que cruzaba un control eléctrico de armas, yo no llevaba ninguna encima.

Detrás de una mesa ancha, con un gran ventanal a sus espaldas desde el que se dominaba la gran piscina del complejo turístico y los jardines de alrededor más los tres edificios principales del complejo, había un hombre que debía ser Rowtaw.

Me pareció más ancho que alto, usaba gafas de concha negra y pajarita, apenas tenía cuello. Me senté en la silla que tenía frente a la mesa, alcé las piernas y puse los pies sobre la misma, con una insolencia que hizo sonrojar al hotelero.

—Me llamo Jasper.

—Eso me han dicho. Haga el favor de quitar los pies de la mesa.

El tipo de las gafas redondas se mantenía atento, sin atreverse a intervenir hasta que su patrón lo indicara.

Ellos estaban a la expectativa, yo sabía que estaba jugando muy duro y que me podía costar caro.

—Son las doce y veintidós. Tienes hasta las diez de la mañana, casi veinticuatro horas, para pagar.

—¿Pagar el qué? —preguntó Rowtaw, con agresividad contenida.

—Ciento diecisiete mil dólares que debes de un pagaré. Esta es la fotocopia —Se la tiré a la mesa.

Rowtaw le dio un vistazo, después me miró a mí y preguntó:

—¿Te envía Campbell?

Me levanté de la silla tras quitar los pies de la mesa.

—Tienes hasta las diez de la mañana; luego, ya será tarde.

—Campbell es un cerdo. Este pagaré fue una trampa, un asunto extrabancario, una de esas operaciones sucias que hacen los tipos como él. No puede reclamar nada judicialmente.

—Exacto, por eso estoy yo aquí. Recoge el dinero, busca a Campbell y le pagas. Ya lo sabes, tienes hasta las diez de la mañana, luego todos lo sentiréis. Yo, no, claro, a veces me divierto con mi trabajo —dije, con una frialdad que consiguió sorprenderme incluso a mí mismo.

Estaba seguro de que acababa de meterle una bomba en las tripas al tal Rowtaw, el cual, por cierto y nada más verlo, me había caído muy mal. Obviamente, yo no quería volarle las tripas, pero sí meterle el susto suficiente que le provocara tal diarrea que para curarse no tuviera más remedio que pagar su deuda.

Reconozco que en aquellos momentos, además de duro y de haberme echado un farol de los grandes, como si estuviera jugando póquer, pues no tenía ases en la manga y ni siquiera una pistola para darle miedo a Rowtaw, fue un ingenuo. Aquel tipo, forzosamente, tenía que reaccionar como una fiera herida.

Me dirigí hacia la salida sin necesitar compañía. La verdad es que no corría, pero llevaba la zancada larga.

Llegué al mostrador de recepción donde el conserje me miró muy preocupado, aun parecía tener la cara congestionada.

1

—Muñeco, cuándo me veas, apresúrate a hacer lo que te pida.

Cogí el teléfono que allí había como si el hotel fuera mío, marqué con seguridad un número que había grabado en mi cabeza y aguardé.

—¿Diga?

—Soy Jasper —dije, dándome cuenta de que el banquero Campbell

estaba al otro lado del hilo, pues la llamaba por la línea privada cuyo número no figuraba en la guía telefónica.

—¿Lo has visto?

—Sí, seguro qué pagará. Ve preparando mi tanto por ciento, no me gusta que me paguen a noventa días.

—Sin esperar más, colgué.

Anduve hacia el parking, monté en mi coche y arranqué suavemente. No quería dar impresión de que huía. Cuando se amenaza a alguien con algo gordo, hay que pisar fuerte y no dar la impresión de que se huye. Muchas veces, los seres humanos actuamos como los perros y atacamos al que corre. Y muchos, frente al que los mira con desprecio, se arrugan.

Cuando salí a la carretera, di una ojeada al complejo hotelero y me dije:

—No está nada mal. Esperemos que el chaparro ese no esté protegido por la Mafia, no aspiro a que me abran en canal en la Morgue. La verdad es que tampoco aspiro a morir de viejo, sólo aspiro a vivir y ¡qué difícil es vivir y más para un tipo sin trabajo como yo! Claro que con este asunto de los impagados...

Miré por el retrovisor y observé que un automóvil gris metalizado, un coche que a distancia podía confundirse con el mismísimo asfalto, me seguía.

—Ya empezamos —gruñí.

Rowtaw debía tener sus matones para casos como el mío y los había enviado tras las rodadas de mi coche; lo que todavía ignoraba era si me seguían para averiguar adonde iba o para pasaportarme a la Morgue.

Fui hundiendo el acelerador de mi automóvil, seguro de que el motor iba a responder bien, entre otras cosas porque yo entendía algo de mecánica y lo tenía muy a punto. La mezcla de gasolina y aire era perfecta y las bujías se hallaban en su estado óptimo para quemar la mezcla. Me agradó el ronroneo rápido del motor, lo noté también a través de las nalgas. Rebasé a tres camiones y casi diez coches y pasé rozando a dos que venían en dirección contraria. Ambos me tocaron el claxon y supongo que se acordaron de mi madre, que yo imagino estará en la gloria, pero ellos dirán que está en algún burdel.

Volví a mirar el retrovisor. El coche gris que me seguía también sabía hundir el acelerador, corría como un diablo. Vi un camión con remolque, tan grande que más parecía un tren. Llevaba una chimenea vertical como tubo de escape por la que brotaba un humo negro y denso que me recordó las viejas y humeantes locomotoras del Oeste que asaban a los búfalos y hacían chillar mucho a los indios, o por lo menos eso era lo que mostraban en las películas.

Comencé a rebasar el camión con remolque, cerrándome hacia la derecha hasta casi rozar la cabina del camión. Lo rebasé y me metí en su carril, tan cerrado que creí oír el chirriar de dientes del camionero que hizo sonar su claxon que a mí me pareció el de un trasatlántico entrando por el East River en Nueva York.

En aquel momento, hice todo lo contrario que cabía esperar: En vez de pisar más a fondo el acelerador para seguir huyendo a toda velocidad una vez colocado delante del camión, pisé el freno hasta hacer chirriar los neumáticos como si le estuviera pidiendo al gran camión con remolque, con un total de ocho ejes y un número mareante de ruedas, que me pasara por encima como si fuera una apisonadora. La verdad es que confié demasiado en sus frenos.

1

El camionero volvió a hacer sonar su claxon furiosamente, pero lo que yo había hecho era colarme delante de él, escapando así a la vista de mis perseguidores que aceleraron en mi persecución.

Tal como yo esperaba, el coche que me perseguía rebasó al camión y, en consecuencia, a mí.

Cuando me descubrieron delante del camión pero casi pegado a su morro y rodando a poca velocidad, ya era tarde.

Quedaron delante de mí haciendo eses, sin saber qué hacer. Les molestaba mucho haberme rebasado y que yo quedara tras ellos. Entonces, aceleré, despegándome del enfurecido camión.

Hundí el pie en el acelerador y conseguí arremeter contra el parachoques posterior de los matones de Rowtaw.

Me reí, los había ganado por la mano. Toqué el claxon y volví a empujarlos un poco hasta hacerlos salir de la carretera. Rodaron por la hierba y entonces descubrí que uno de ellos tenía una pistola dispuesta para regalarme plomo calentito.

—Jasper, estás en un aprieto —me dije—. Esos tipos van a por ti; no te siguen simplemente, van a pasaportarte para la Morgue.

Ya fuera de la carretera, los dos matones trataron de recuperar el gobierno del coche. Cuando intentaron disparar, el camión ya formaba un muro entre ellos y yo.

Volví a acelerar para ganar tiempo y poner el máximo de asfalto entre mi coche y el de mis perseguidores.

Los dos matones de Rowtaw no parecían dispuestos a quedar en ridículo y volvieron a la carga hundiéndose a fondo el acelerador de su coche.

El camionero los vio pasar junto a él y entendiendo que el asunto era feo y tenía visos de vendetta prefirió dejar de tocar el claxon de su barco.

Yo tenía un buen coche que rodaba bien y era amplio, confortable, apto para hacer el amor con alguna chica dentro de él si no se encontraba un motel oportunamente, pero el coche que llevaban los matones, del hotelero corría más que el mío y no tardé en darme cuenta al ver que iban comiendo asfalto detrás de mí, acortando distancias. Y como supuse que llevaban la pistola lista, empecé a pensar que era la hora de rezar por mí.

Vi un cruce de carreteras no muy lejos y pensé que podía ser mi salvación si el coche respondía adecuadamente. Yo iba lanzado, parecía que fuera a seguir por la misma carretera, pero al llegar casi junto al cruce, pisé el freno a fondo, incluso me ayudé con el freno de mano.

El coche chirrió como nunca y en aquel momento me comí parte de los neumáticos. Hice girar el volante y hacia la izquierda, lo que podía equivaler a un suicidio, y aparté el pie del freno, hundiéndose el acelerador.

El coche pegó un brinco hacia la izquierda en una curva de noventa grados. Salté por encima de unos parterres de separación de carriles y pasé entre dos coches. Sentí un escalofrío entre las piernas y supongo que en aquel momento se me quedaron duros como piedras.

No perdí ni tiempo en tragar saliva y la verdad es que no cerré los ojos. Si iba hacia la muerte, lo haría con los ojos abiertos.

Miré por el retrovisor. El coche de mis perseguidores quiso hacer lo mismo que yo, pero ellos no tuvieron suerte. Habían pisado el freno demasiado tarde y al girar hacia la izquierda, metiéndose en carril de contradi dirección, se empotraron contra un camión cisterna. El camión no explotó, pero el tanque de gasolina del coche gris metalizado, sí. Una gran llamarada en medio de espeluznantes chirridos fue lo 1

último que vi. Suspiré.

Llegué hasta una gasolinera y volví a suspirar.

—¿Gasolina? —me preguntó una chica de aspecto ingenuo.

—Sí, lleno, y también quiero aceite.

—Tiene el motor muy caliente —observó ella.

—Revisa el nivel del agua también — le pedí—. ¿Dónde hay un teléfono?

Me dirigí al teléfono que me indicó y metí un níquel. Al poco oía la voz de Rowtaw.

—¿Quiénes?

—Un par de cuervos en un coche gris metalizado han salido a perseguirme. Eres un imbécil. Ahora ese par de cuervos han perdido sus plumas y están asados en su propio jugo. A ti te queda hasta las diez de mañana. —Y colgué.

Me quedé mirando el teléfono de nuevo, y a mi mente acudió otro número que no había tenido tiempo de anotar en ninguna parte y que sólo estaba en mis sesos. Volví a meter otro níquel y comencé a discar las cifras que acababa de recordar; había llegado el momento del descanso del guerrero.

CAPÍTULO IV

Palm no se me puso esquiv a. Le pregunté dónde teníamos que

encontrarnos y me indicó un pequeño pero coquetón bungalow en una urbanización junto al lago.

En aquel lugar abundaban las grandes extensiones de césped cuidado, húmedo y recortado. Los árboles de grueso tronco crecían suficientemente separados para adquirir dignidad por sí mismos cada uno de ellos.

Eran coníferas de copas cónicas cuyos follajes variaban en sus colores, desde el amarillo claro al verdinegro, desde el gris hasta casi el blanco.

Los bungalows también quedaban suficientemente separados entre sí para no molestarse. Una cinta de asfalto, dudada y limpia, serpenteaba por el verde de la hierba, pasando junto a los bungalows de madera.

Me detuve frente a su bungalow donde había estacionado un coche pequeño; de fabricación japonesa.

Llamé a la puerta.

—Hola —me saludó Palm al verme.

Vestía un chandal blanco con, franjas rojas a lo largo de las extremidades. Ante mi sorpresa, Palm se puso a correr.

—En, ¿adonde vas? —pregunté.

—Es mi tiempo de jogging.

Observé que iba bien calzada, con las zapatillas adecuadas. La miré a ella y luego, miré la puerta. La cerré y salí en su persecución hasta que conseguí ponerme a su altura. Me sometí a la carrera atlética con los brazos a los costados, poniendo mi respiración a un ritmo acorde entre mis necesidades de oxigenación de sangre y lo que mis músculos demandaban.

—Así no te hubiera reconocido jamás —le dije, jadeante.

—Hay que mantenerse en forma —respondió sin dejar de correr, y no tardé en darme cuenta de que no 1

corría por esnobismo, si no porque le gustaba y estaba preparada para ello, porque fueron pasando los minutos y ella aguantaba el mismo ritmo.

A mí me molestó la chaqueta y me la quité. Me desabroché también la camisa y comprendí que el calzado que llevaba no era el mejor para aquel deporte, pero Palm seguía corre que te corre, como si fuera una preciosa muñeca mecánica a la que nunca se le iba a terminar la cuerda.

No sé si recorrí el pasto de la urbanización una vez o cinco, porque para mí todas las casitas eran iguales.

—Oye... —demandé su atención sin dejar de correr a su lado.

—¿Qué?

—¿Te estás preparando para la maratón?

La chica se limitó a reír brevemente. La recordé en el club para ejecutivos y empresarios, no parecía la misma. Si alguno de aquellos empresarios gordos trataba de alcanzarla por piernas, estaba perdido.

Descendimos por una pendiente entre árboles y fuimos a parar a una playa arenosa, imagino que construida artificialmente. Allí estaba el lago.

Palm se quitó el chandal y en un abrir y cerrar de ojos, se zambulló en las aguas. Apenas tuve tiempo de darme cuenta de que, por no llevar, no llevaba ni reloj.

—Bueno —me dije—, no sé si será una playa de nudistas o no, pero yo me baño también.

Tardé algo más de lo que Palm había tardado en desnudarse, pero al final me tiré al agua. Nadé con fuerza para impedir que la frialdad del agua entumeciera mis músculos cansados por el footing. Cuando me detuve, resoplé como un ballenato y busqué con la mirada a Palm.

Ante mi sorpresa, la vi en la orilla. Se había puesto ya el chandal, recogió mis ropas, me saludó con la mano y se alejó corriendo.

—¡En, Palm! —grité, cuando la noche caía sobre el lago y se encendían las luces de los bungalows y las farolas de la urbanización.

—¡Qué putada!

Nadé con fuerza hacia la orilla y salí del lago chorreando como era lógico. De Palm no había ni rastro, había tenido buen cuidado de llevarse hasta los calcetines.

De practicar el footing como decían algunos, me vi prácticamente el striking, es decir, correr desnudo, y lo malo es que no me acordaba de en qué dirección estaba el bungalow de Palm.

Confíé en que no hubiera ninguna solterona frustrada asomada a alguna ventana, no estaba para hacer caridades, más bien estaba furioso.

No tardé en darme cuenta de que era agradable correr desnudo por la hierba, hasta le tomé gusto y me fui calmando. Me olvidé hasta de que podían darme un escopetazo de sal en las nalgas. Al fin descubrí mi coche.

Empujé la puerta del bungalow y ésta cedió. Cerré de un portazo.

En la chimenea ardía el fuego. Me hinché como para descargar mi violencia cuando Palm me puso entre las manos una bebida alcohólica caliente que olía de maravilla.

—Anda, bebe antes de hablar, te hará bien.

1

Bebí y no tuve que decirle que me había hecho una putada.

—¿Y mi ropa? —pregunté, sentado ya en el sofá, frente al fuego.

—El traje está por ahí, pero la camisa, la ropa interior y los calcetines, dentro de la lavadora.

—¿En la lavadora?

—Sí. No temas, la secadora te lo dejará todo bien. No tienes prisa en vestirte, ¿verdad?

Alargué mi mano hacia ella y rodeándola por la cintura, la atraje hacia mí. No tardé en conocer la dulzura de sus pechos, la suavidad de sus curvas. Al tacto de mis dedos, comprobé la dureza de sus muslos y

ella hizo algo parecido.

Me calenté, el fuego estaba cerca y ella, entre mis brazos. No era ninguna niña, no era ninguna virgen y tampoco novata. Sabía ondular su cuerpo. Yo no tenía por qué pedirle explicaciones, ella no me exigía nada. Ambos nos dábamos el uno al otro sin palabras. Los dos sabíamos que aquélla era nuestra primera noche juntos y qué también podía ser la última.

No nos dijimos «te quiero», «te amo», ni nada por el estilo, pero te juro que los dos gozamos.

Cuando desperté al día siguiente, ella no estaba. Sobre una silla encontré toda mi ropa limpia y seca. Miré por la ventana, mi coche seguía allí, el de ella había desaparecido.

Una nota que encontré en la pequeña cocina me advirtió que el café estaba dentro de un termo. No tuve ningún inconveniente en hacerme unos huevos fritos con bacon. Desayuné con placer y fumé un cigarrillo. Me sentía relajado, como nuevo. No quise pensar en los matones que se habían estrellado contra el camión cisterna cuando iban a por mí, preferí pensar en los gemidos de placer que por tres veces habían llenado el bungalow.

Aplasté la colilla del cigarrillo, me incliné sobre el teléfono y disqué un número que ya tenía metido entre ceja y ceja.

—¿Campbell?

CAPÍTULO V

Preferí que el director del Banco me pagara en su propio despacho y en metálico. Los billetes no los quise de mil, los mayores eran de a cien y luego, billetes más pequeños. Formé dos fajos que sujeté con gomas.

Debo admitir que nunca me habían pagado tanto por una comisión. Incluso, el propio William Campbell no parecía molesto por soltar aquellos billetes que iban a servirme para ver mi futuro inmediato más despejado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿No te lo ha contado Rowtaw? —pregunté, bien acomodado en la butaca.

—Me ha dicho que querías volarle el hotel.

—Bah, no será tanto.

—Y que has liquidado a dos de sus hombres.

—Qué exagerado-me limité a replicar.

William Campbell me miraba con cierta preocupación; entre sus cejas debía dar vueltas una duda.

1

—Si tiene algún otro encargo interesante que hacerme, puedo irlo planeando.

—No cabe duda de que eres efectivo —me dijo, abriendo una tabaquera de caoba. Acepté el cigarro habano y dejé que me lo encendiera con su mechero de oro.

—Tengo algo importante.

—¿Ah, sí, y cuál va a ser mi comisión?

—De eso ya hablaremos. La verdad es que tengo problemas.

—¿Y quién no los tiene?

Aspiró con fuerza, el cigarro parecía bueno. Palabra que nunca me habían tratado tan bien en el despacho del director de un Banco y menos llevándome de él unos fajos de billetes en los bolsillos.

La vida tenía cosas muy extrañas. Cuando tenía trabajo, había sido tratado con total indiferencia y ahora que no lo tenía y que pasaba por ser un tipo peligroso, era bien tratado. ¿Me considerarían ya uno de ellos, había pasado a pertenecer al grupo de los tiburones?

No, eso tampoco era cierto. Yo tenía casi seis mil dólares en el bolsillo, lo que me daba una cierta tranquilidad, pero ¿cuánto dinero tendría aquel usurero?

Abrió un cajón y sacó una fotografía metida entre plásticos.

—Mírala.

Obedecí y, de inmediato, reconocí a la mujer. Era la misma que había visto fotografiada en la casa del banquero, sólo que allí estaba en bikini y aquí, vestida de calle, pero su rostro seguía despidiendo sensualidad.

—¿Es Grissel?

—¿La conoces? —preguntó, sorprendido.

—Vi su foto en tu casa —le dije, siempre tuteándolo.

—Ya, cuando estaba borracho.

—O.K.

—Es mi mujer.

—Comprendo.

—No, todavía no comprendes, ella es mi mujer.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Se ha escapado.

—Vaya. ¿Y ésa es la causa de tus borracheras? —pregunté directamente.

—No soporto su escapada.

—¿No has pedido a una agencia de detectives que la busque?

—No, porque ya sé dónde está.

1

—Entonces, ¿dónde radica el problema?

—No quiere volver conmigo.

—Entiendo, pero si ella no quiere volver, es grave. ¿Por qué no pides

el divorcio?

—No voy a divorciarme.

—¿Porqué?

—Soy católico.

—¿Y si ella pide el divorcio?

—No se lo consentiré.

—¿Ella también es católica?

—No, es judía.

—Hum, mala unión.

—Déjate de sarcasmos.

—¿Qué es lo que quieres que haga? Si ha dejado de amarte, no volverá.

—Ha de volver, cueste lo que cueste.

—¿Y dónde está? —inquirí, pensando que podía pasar un tiempo divertido si Campbell pagaba mis gastos.

Después de todo, conocer a Grissel podía ser una aventura emocionante.

—Está en un yate, en Miami.

—¿Es tuyo ese yate?

—No, es de Conrad Emerson, propietario de una cadena de funerarias.

—Vaya con Grissel, ha escogido un tipo divertido.

—Conrad Emerson tiene mucho dinero, sus negocios van muy bien.

—Comprendo, la gente insiste en morirse.

—Así es, y el negocio del consumo también anda muy metido en las funerarias. Conrad Emerson saca buena tajada de la desgracia de su prójimo.

—Tú tampoco eres pobre-fe repliqué.

—Yo soy un ejecutivo, un ejecutivo de primer orden, pero un ejecutivo. El dinero de este Banco no es mío, yo he de dar cuenta de él a mis superiores de la central y ellos, al consejo de administración, claro está que no me pagan mal y que yo puedo tomar decisiones importantes a nivel local de esta agencia, pero no soy un tipo millonario como Conrad Emerson que sí es propietario de las funerarias y hornos crematorios.

—¿Y Grissel se ha ido con ese tipo por su dinero o por su palmito?

—No lo sé, pero exijo que ella vuelva.

19 de 56

—Sí, ya he oído, cueste lo que cueste.

—Exacto.

—Pero, si ella no quiere volver, no hay quien pueda obligarla.

—A ella le hablarás y a él le vas a meter el miedo en el cuerpo.

—¿Cómo?

—De la misma manera que has hecho con Rowtaw.

Comprendí que el banquero suponía que me había cepillado a los matones de Rowtaw limpiamente, cuando la muerte de ambos no había pasado de ser un accidente de circulación.

—Tú y yo, Jasper, podemos tener buenas relaciones comerciales. Tengo varios morosos y a ti no te irá mal cobrar los tantos por ciento como hoy.

—Es cierto —admití, pero pensando que arriesgaba mucho la piel.

—Siempre, claro está, tú actúas como independiente. El banco, en ocasiones, contrata a detectives privados para obtener informaciones adecuadas sobre sus clientes.

—Insisto en que si ella no quiere volver, no lo hará.

—Tienes que convencerla, pero, lo primero, es asustar al enterrador.

A mí, todo aquel lío del funerario y de la adúltera me parecía una soberana estupidez, pero una lucecita roja dentro de mis sesos me advertía que podía ganar un buen puñado de dólares en aquel asunto.

—Es evidente que tu preciosa Grissel no va a volver intacta.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella puede estar pasándolo en grande.

—No te tolero que...

—Basta, Campbell, me largo.

—No, espera. —Reaccionó cogiéndome por el brazo, lo miré—. Es que cuando hablo de Grissel me pongo algo nervioso.

—¿Es lo que más te importa en la vida?

—Ella y este Banco.

—Comprendo —acepté, y volví a sentarme para seguir fumando el magnífico habano.

—Lo que haya hecho Grissel lo olvidaré como un accidente.

—Ella siempre llevará una cicatriz entré las piernas.

—Preferiré ignorarla.

—¿Y utilizarás tú esa cicatriz?

—Una mujer no es sólo para admirarla, es para...

2

—Ya, para meterla en la cama y lo demás, no es preciso entrar en detalles.

—Bien dicho, es mejor no entrar en detalles.

—Este asunto puede llevar algún tiempo. Tendré que estudiar las debilidades de ese Conrad Emerson para saber cómo amenazarlo y mientras, convencerla a ella para que vuelva a casa.

—Si consigue que ella venga conmigo, te pagaré cien mil dólares.

Los oídos me silbaron; no obstante, pensé que aquello era más propio de una agencia de detectives privados, aunque según Campbell aquel trabajo debía llevarlo a cabo alguien a quien no le importara jugar sucio y él creía que yo era un descendiente de Lucky Luciano o Anastasia.

—Es arriesgado —objeté.

—Pero pago bien — me puntualizó.

—No tanto-le repliqué.

—Cien mil es mucho.

—Él, por mucho menos, puede contratar a un killer a sueldo para que me mande a la Morgue. Por cierto,

¿por qué no le encargas el caso a un killer a sueldo? Te lo quitaría de encima para siempre y sería llevado a las funerarias Emerson con todos los honores.

—No te estoy pidiendo que lo mates, no soy ningún asesino. Sólo te pido que lo asustes como has hecho con Rowtaw. Si has de hacerle alguna demostración, házselo, pero yo no quiero saber nada de crímenes; es más, si aceptas tendrás que firmarme un documento conforme te encargo un trabajo de observación e intermediario, pero en el que yo no solicito de ti ninguna acción que pueda considerarse ilegal.

—Te lavas las manos de antemano, ¿eh?

—Yo pido que mi mujer vuelva a mí y por eso pago cien mil dólares. ¿Cómo vas a conseguirlo? Eso no es asunto mío y no quiero saberlo.

—En ese caso, quiero la mitad por adelantado.

—¿Cincuenta mil? — preguntó, casi asustado.

—Eso es. Ya ves que no te pido dietas y cualquier agencia de detectives te las exigiría.

—Es mucho dinero-gruñó, reticente.

—Yo me juego la piel. Si el asunto sale mal y tengo que cambiar de aires, por lo menos habré cobrado la mitad.

—¿Quieres decir que si fallas en el asunto te vas a quedar con mis cincuenta mil?

No me amedrenté por el tono de sus palabras ni por su actitud, casi feroz y amenazadora.

—Cuando se juega fuerte, también se puede perder. Sólo puedo decirte que lo intentaré todo, pero si fracaso no te cobraré los otros cincuenta mil. En realidad, habremos perdido los dos.

—Tú no habrás perdido nada, sólo yo habré perdido cincuenta mil.

—No discutamos, Campbell, no regatees conmigo. Si quieres que tu mujer vuelva, éstas son mis condiciones.

2

—¿Qué garantía puedo tener de que harás el trabajo y no te largarás con los cincuenta mil?

—Garantía, ninguna, simplemente que a mi me interesa cobrar los otros cincuenta mil, es una tajada que no quiero perder. En cuanto a ti, si deseas que esa preciosa judía vuelva contigo, has de apostar fuerte, claro que siempre puedes encargarle el trabajo a otro.

Aspiró aire por la nariz con mucha fuerza y luego me comunicó:

—No tengo tanto dinero en efectivo.

—¿En el Banco no hay ese dinero?

—El asunto que te encargo es puramente personal.

—O.K., dame un cheque al portador y yo lo ingresaré hoy mismo en mi Banco.

—Puedes abrir cuenta aquí.

—Oh, no, gracias, siempre opero con mi propio Banco.

—¿Cuál es?

—Eso es asunto mío.

—De todos modos, terminaré sabiendo en qué Banco ha quedado el talón que voy a extenderte.

—De acuerdo, acabarás sabiéndolo, pero no ahora.

—¿No te fías de mí?

—Campbell, antes de ir a buscar a tu preciosa mujercita, tendré que verte a ti en tu casa y allí te haré un montón de preguntas sobre ella, quiero ver hasta sus armarios, y para entonces, mi Banco ha de decirme que dispongo de esos cincuenta mil. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Comenzó a extender el cheque por cincuenta mil dólares. Yo, en mi vida había tenido esa cantidad de dinero junta y menos para disponer de ella. Empecé a pensar que había escogido bien el camino al quedarme en el paro.

CAPÍTULO VI

Mientras volaba hacia Miami, pensé en mi segunda estancia en la residencia del banquero Campbell. Lo cierto es que conocía ya su casa, me había bañado en su bañera redonda color champaña.

—¿Fue idea de ella?—pregunté.

—¿El qué?

—Este lujosísimo cuarto de baño.

—Ah, sí, Grissel es muy caprichosa, me hacía gastar mucho dinero.

—¿Y pese a lo derrochadora que es deseas que vuelva? —me asombré.

—Sí, Grissel significa mucho para mí, no sé vivir sin ella. Es como el estímulo de mi vida, como la diosa que me da la existencia. Sé que estaré pareciendo algo cursi, pero... —Se sentó en una butaca o sería más 2

exacto decir que se desplomó, como si sus piernas, por fatiga, se negaran a sostenerlo—. La amo.

Confieso que me gustan mucho las mujeres, pero todavía no había llegado al punto de hundirme por la escapada de una como lo estaba haciendo el banquero.

Volví a mirar la fotografía de aquella hembra en bikini y me dije que, ciertamente, valía la pena dormir con ella. Faltaba por conocer el comportamiento de Grissel con respecto al hombre, durante el día y en los juegos de amor.

—¿De veras serás capaz de olvidar todo lo que haya hecho sexualmente antes de volver a tus brazos?

—Juro que cuando vuelva a mis brazos olvidaré su pasado —me dijo, con una cara de víctima que me infundió lástima

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras, siempre que haya de servir para que ella vuelva.

Dejé la fotografía de aquella espectacular hembra y me pregunté si al natural sería lo mismo o simplemente la foto estaba retocada.

Grissel tenía su dormitorio aparte del de su marido, ambas alcobas se comunicaban por una puerta.

William Campbell no me puso ningún reparo para que entrara en el dormitorio de Grissel.

En el armario había muchos vestidos y zapatos, no cabía duda de que a Grissel la gustaba gastar y que había que tener mucho dinero para sostener aquel gasto continuo de una mujer elegante, pero también muy exigente y caprichosa.

Observé las mesitas de noche, la espléndida cama. Como era lógico, Grissel se había llevado consigo sus efectos más personales.

Aquella alcoba me pareció una gigantesca y lujosa bombonera que, como era lógico, para hacer honor al continente, debía encerrar un espléndido bombón.

«Jasper, lo tienes muy claro —me dije—. Le hablaré a la mujer y le hablaré al funerario y si no me hacen caso, que el banquero se acomode a su soledad, que yo no voy a devolver ni un centavo de los cincuenta mil dólares. Este negocio empieza a ir bien mientras no me metan un balazo entre los omoplatos, claro.»

Había dejado a William Campbell en su casa y ahora volaba rumbo a Miami.

Cuando llegué a la ciudad de las vacaciones tomé un taxi para que me llevara a un hotel con piscina. Si había de permanecer allí unos días, deseaba pasarlo agradablemente, como no lo había pasado en mis tiempos de trabajador de pro. Si, quería darme los gustazos que los ricachones se daban mientras otros se pasaban las horas encerrados en las industrias o en las macro-oficinas.

Cuando estuve metido en el magnífico hotel no tardé en darme cuenta de que gran parte de los residentes eran personas mayores. También había magníficas sirenas alrededor de la piscina, pero imaginó que algunas serían «ganchos», o muchachas y muchachos que podían estar allí alojados a bajo coste para que el magnífico hotel no acabara convertido en una residencia de ancianos ricos, lo que causaría depresión en los propios millonarios que escaparían del hotel. En cambio, viendo a gente joven y alegre alrededor, se sentían mas a gusto y ellos pagaban con sus dólares las rebajas que el hotel hacía a los jóvenes que vivían de exhibirse.

Cuando me hube duchado y puesto ropa deportiva salí del hotel. Tomé un taxi y exigí:

—Lléveme a un lugar de coches usados.

2

—¿Quiere comprar uno?

—Sí.

El taxista pisó rápido el acelerador.

—¿Qué coche piensa comprar?

—No lo sé aún, depende de lo que vea.

—¿Para estar unos días en Miami?

—Sí.

—Es mejor comprar y luego vender que alquilar, claro que lo mejor de todo es coger taxi.

—Sí, eso supongo —repuse. Luego, pregunté—: ¿Cuál es el mejor mecánico de coches que conoce?

—El que arregla mi coche.

—Pues va a darme su dirección-le pedí.

Ante mí vi una nube de coches usados dispuestos para la venta. Un tipo alto, con acento hispánico, salió a venderme.

—¿Qué coche quiere, amigo?

—Uno europeo y pequeño.

—Acá tenemos de todo. Vamos a buscar lo que quiere el caballero.

Después de entrar y salir de varios de los coches, clavé mis ojos en un Mercedes deportivo de color amarillo. Lo abrí, me metí dentro y observé su aspecto. Abrí luego la tapa del motor y examiné el motor que aparecía limpio porque había sido petroleado para mejorar su aspecto.

—¿Y esto anda?—pregunté.

El vendedor se metió dentro del coche y le dio al arranque. El coche no tardó en ponerse en marcha, pero imaginé que dentro del tanque de gasolina podían haber puesto cierta cantidad de gasolina éter para que no fallara el arranque ante un posible cliente. Yo había vendido coches y sabía que no debía fiarme en absoluto de cuanto el vendedor me contara.

—¿Lo probamos en una vuelta?

—¿Ahora? —inquirió, algo receloso.

—Sí, ahora.

—Le advierto que el coche es muy bueno y vale siete de los grandes.

—Demos una vuelta, quiero probar si pica la dirección, frenos, etcétera.

—No querrá correr en Indianápolis con él, ¿verdad?

Insistí en dar una vuelta. Subimos al auto y yo tomé el volante. Aceleré, cambié marchas, pues no era automático. El coche respondía bien, pero en las curvas, a fuerte velocidad, no mantenía la seguridad que aquel tipo de automóvil debía poseer. Cuando regresamos, observé la presión del aceite, la temperatura.

Abrí la tapa del motor y olfateé como un sabueso.

2

—¿Qué le pasa, es que se ha dejado el sandwich dentro? —me preguntó, escamado.

—Hay que repasar frenos, cambiar neumáticos, cambiar la bobina.

—¿Qué le pasa a la bobina?

—Pues que no da la electricidad que hace falta.

—¿Es usted ingeniero? —gruñó, molesto.

—Cinco mil pavos al contado y lo haré reparar por mi cuenta.

—Eso es muy poco dinero, no creó que se puede aceptar; no obstante, voy a consultar con el patrón.

A los cinco minutos, regresó con una sonrisa.

—¿Puede usted acompañarme, caballero?

El propietario me recibió en su despacho, junto a su secretaria, una mulata cubana de apetitosas carnes que imaginé debía estar muy sobada por su jefe.

—¿Paga al contado?

—Sí.

—Entonces, hagamos el contrato y dentro de media hora puede llevárselo.

El cheque que le ofrecí le gustó; no obstante, llamó a su Banco para que confirmaran si aquel talón podía hacerse efectivo. Todo resultó bien.

Mientras el propietario de la agencia de coches usados se marchaba a no sé qué, la secretaria buscó en los archivos tampoco sé el qué, el caso es que el archivo estaba tras de mí y ella tuvo la oportunidad de colocar sus nalgas y me pareció un almohadón calentito. Tuve el deseo de volverme y dar una dentellada sádica.

—¡Ah! —chilló ella, con más coquetería que fuerza, pues yo había pasado del deseo a la acción—. Tiene usted los dientes muy afilados —me dijo con su particular acento.

La miré, sonreí y cuando iba a proponerle que visitara mi habitación del hotel, regresó el patrón de la agencia de venta de coches usados.

—Listos, el vehículo es suyo.

Tomé el coche y me fui directo al mecánico que me recomendara el taxista.

—Un buen coche —me dijo el mecánico—. ¿Cuánto tiempo tiene? Es que con los coches europeos nunca se sabe. Aquí, por el modelo, se distingue en seguida, pero los europeos hacen coches para que duren varios años.

—Me ha recomendado un amigo suyo.

—¿Ah, sí?

—S, un taxista llamado Perry Normanson.

—Hombre, claro... ¿Qué le pasa al coche?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué lo trae?

—Quiero tenerlo a punto. Soy un maniático y no quiero que me falle cuando más lo necesite.

—De acuerdo, una puesta a punto.

—Cámbieme los manguitos.

—¿Todos?

—Sí, y limpie el radiador. Cambie el aceite, la bobina, platinos y bujías.

—¿Y el carburador?—preguntó, sonriendo.

No iba a tener coche hasta el día siguiente, porque le tendí un cheque para que comprara los recambios de la misma marca.

Tomé un taxi y me dirigí a los muelles donde localicé al Aqueronte, un yate no demasiado grande pero de línea muy esbelta y que parecía muy marinero.

No vi a nadie a bordo, salvo a dos dobermans de lustroso pelo en la popa, guardando la entrada del yate.

Regrese al hotel y me puse el traje de baño. Me zambullí en la piscina, nadé, comí y me tomé una siesta que en aquel clima cálido resultaba muy apetecible para la mente.

Aquella noche fui a cenar al club marítimo. Le di una buena propina al portero y éste no puso reparos a que entrara, le dije que tenía que encontrarme con unos amigos. Era esperar tener mucha suerte el que Conrad Emerson y Grissel, la esposa del banquero Campbell, cenarán allí también.

Desde una mesa pequeña y mientras cenaba, los vi entrar. Grissel vestía de blanco y era muy hermosa, no desmerecía el natural después de verla en fotografía. Si el tipo que iba junto a ella era Conrad Emerson resultaba fácil comprender por qué había dejado al banquero por él.

Me llevaría unos dos lustros a mí y vestía impecable, como un playboy. Mirándolo, había que admitir que no tenía nada que ver con lo que uno imaginaba que debía ser un empresario de pompas fúnebres.

Los tipos con aspecto lúgubre y traje oscuro serían sus empleados, porque a él se le veía muy divertido, gastándose alegremente los dólares que le proporcionaban los difuntos, o mejor dicho, los parientes de los difuntos que debían tener su vista clavada en las herencias con las que iban a desquitarse.

No sé si fue por casualidad o por otra razón, pero los ojos de la bellísima Grissel se encontraron con los míos, fue una mirada que se sostuvo durante unos segundos.

Me sorprendí ante el poder de los ojos de aquella mujer, grandes, brillantes, intensos. Sólo cruzar su mirada con los míos habían tenido la virtud de excitarme. Era la hembra por antonomasia, capaz de encelar a todos los machos que estuvieran cerca de ella.

«Ese tipo anda loco», me dije.

¿Qué podía decirle al funerario de marras para que soltara a semejante mujer? El problema se me presentaba arduo y difícil de resolver, máxime si ella no quería marcharse.

Permanecí hasta que ellos salieron.

Un «Cadillac» blanco llegó hasta la puerta, un empleado entregó las llaves a Conrad Emerson y la pareja se alejó. Fijé la matrícula en mi mente. ¿Adonde iban? Lo ignoraba.

Me dije que no tenía prisa en actuar, debía meditar un plan de acción. Si secuestraba a Grissel iba a tener 2

muchos problemas con la ley, el rapto se pagaba muy caro. Acercarse a ella tampoco sería fácil y menos si le decía que iba de parte de su marido para que volviera a casa.

Recordé las palabras de William Campbell; el banquero no quería verse involucrado en nada desagradable, pero había dado a entender que si me cargaba a Conrad Emerson, él tan contento.

Al día siguiente fui en busca del coche recién comprado, el deportivo Mercedes. Lo vi refulgir, pues se habían entretenido en limpiarlo y darle un abrillantado.

—¿Está bien?

—Sí, perfecto, neumáticos, batería, todo está correcto.

Silbé al ver los números de la factura.

—Los recambios son originales. Le hemos cambiado los neumáticos y los frenos no estaba a punto.

—Basta, basta —dije—, pago.

Aboné la factura, me senté al volante y cuando pude oír el ronroneo del motor, comprendí que lo había puesto en manos de un buen mecánico. Tenían que haber trabajado duro un par de mecánicos cuando menos para dejármelo tan a punto.

—Ahora sí que funciona esto-me dije.

Salí zumbando y abandoné Miami para salir a la carretera, quería probarlo. Empecé a rebasar a otros automóviles de más volumen de carrocería. El pequeño pero magnífico automóvil corría bien y aguantaba la marcha sin problemas de temperatura.

Me sentí a gusto en aquel coche potente y veloz, de aspecto pequeño, que rebasaba a los otros vehículos con cierta facilidad.

Cuando regresé al hotel me dije que tenía que visitar el yate Aqueronte. Recordé a los dos perros y pensé que tenía que hacer algo con ellos. Si Conrad Emerson los había puesto custodiando la pasarela de su yate era porque tomaba precauciones o porque no deseaba que lo molestaran en absoluto. Aquella precaución iba a hacer mucho más difícil mi aproximación a Grissel.

Empezaba a darme cuenta de que me había metido en un buen lío. Yo no era ningún investigador privado ni consejero matrimonial, pero había cobrado cincuenta mil dólares por el trabajo y debía cumplir de alguna manera. Por ese precio, el banquero podía exigir que me liase a puñetazos con el sepulturero de altos vuelos que era Conrad Emerson; lo que no iba a conseguir de mí es que le pegara tres tiros para que Grissel regresara gimoteando a los brazos de su comprensivo marido del que aún no se había divorciado.

Almorcé en el hotel y cuando regresé a mi habitación un mozo me trajo un paquete.

—Ha llegado para usted.

Le di medio dólar de propina y me quedé a solas con el extraño paquete que observé con recelo. ¿Quién me podía enviar aquel paquete que parecía bastante pesado? A Palm le había dicho que iba a Miami, pero aún no le había telefonado y tampoco sabía si iba a hacerlo.

—¿Será un paquete bomba? —me pregunté.

Pensé en meterlo en la bañera llenándola luego de agua, pero, recordé que había explosivos que estallan al ser sumergidos en agua y me abstuve. Pegué la oreja, no se oía nada, pero el paquete pesaba demasiado.

—Jasper, si has de morir, que sea rápido —gruñí.

2

Abrí el paquete como si fuera un niño recibiendo su regalo de cumpleaños. Dentro de una cajita de cartón, entre algodones, descubrí algo que me sorprendió.

—Una pistola...

Sí, era una pistola totalmente desmontada, con dos cargadores repletos de balas.

Me pregunté quién me mandaría aquella pistola y de inmediato pensé en William Campbell que, obviamente, no se comprometía a nada, pues no había nota ni tarjeta alguna.

Confieso que no me gustan las pistolas, pero allí tenía una a mi disposición por si la necesitaba. Me pregunté si Conrad Emerson me obligaría a usarla en defensa propia.

Monté el arma, una pequeña pistola que pesaba muy poco. Era niquelada, con cachas de marfil labrado en las que había una bella mujer desnuda. En una de las cachas, la que quedaba casi a la vista al empuñarla, se veía la parte frontal de la figura desnuda y en la cacha opuesta, la misma figura femenina vista por detrás, mostrando las curvas de espalda y glúteos.

«Un juguete muy bonito», pensé.

Aquella pistola podía esconderse perfectamente en un bolsillo sin que se hiciera notar, era un arma de defensa de la marca «Colt». Estaba seguro de que había pistolas mucho más modernas y efectivas, pero aquélla no estaba nada mal.

Tenia que comprobar si funcionaba por si me veía obligado a usarla en algún momento desesperado y también debía revisar el seguro para que, estúpidamente, no provocara un accidente sangriento.

Fui a una armería y compré una caja de cartuchos apropiados para la pistola. Por la tarde, me dirigí a un descampado y comencé a probarla. El arma respondió a mis exigencias, aunque yo seguía pensando que no debía utilizarla salvo que alguien tuviera la intención de asesinarme.

Pensé en llamar a Campbell y preguntarle si me había enviado él la pistola, pero me dije que lo negaría por si acaso la conversación telefónica quedaba registrada en alguna cinta magnetofónica; cierto que una cinta no podía condenar a nadie, pero...

Reflexioné sobre las motivaciones que podían impulsar al banquero William Campbell para enviarme una pistola. Si quería que yo fuera armado, podía pedirme que me comprara una al llegar a Miami, pues lo mismo que yo, sabía que no lograría subir a un avión de la Panam con la pistola en el bolsillo. Los detectores de metales me delatarían de inmediato, ya que existía un riguroso control antipiratas aéreos, especialmente en los aviones que se dirigían a Miami, que tan cerca estaba del área caliente de Centroamérica. No, no hubiera conseguido pasar una pistola por el avión, pues los chivatos electrónicos me habrían señalado como posible secuestrador aéreo.

Campbell podía haber sospechado que al llegar a Miami yo no compraría una pistola por considerarla peligrosa y lo mejor era enviármela por recadero «puerta a puerta» por vía aérea, un servicio que funcionaba muy rápido y bien.

Si William Campbell quería que yo tuviera una pistola, se había salido con la suya, ya la tenía en mi mano y había notado su peso y su retroceso al probarla disparando unos cuantos cartuchos en un descampado.

Sí, había olido la pólvora quemada de aquella pistola pequeña y que incluso podía calificarse de bonita y artística por sus cachas labradas. Ciertamente era un modelo atrasado, un modelo que se había dejado de

fabricar hacía tiempo, pero era efectiva, no cabía duda y en cualquier armería importante se podían encontrar los cartuchos del calibre apropiado.

¿Tendría miedo el banquero Campbell de que Conrad Emerson tratara de matarme o me enviara unos matones como hiciera el hotelero Rowtaw?

2

Fuera lo que fuese, debería descubrirlo por mí mismo, iba armado y eso era todo. Si algo estaba claro para mí era que no quería dar con mis huesos en la cárcel. No, no me apetecía en absoluto que me encerraran en una penitenciaría por una estupidez. Si empleaba aquel arma sería en legítima defensa. No, no quería ir a la cárcel y menos ahora, que tenía un puñado de miles de dólares a mi disposición, dos coches y una chica llamada Palm que me esperaba en alguna parte. Era cierto que no se trataba de una virgen, pero tampoco yo lo era y ni siquiera me había pasado por la sesera el aparejarme con ella de forma fija.

Por supuesto, un buen investigador privado se forjaba a base de trabajo y experiencias y con las lecciones bien dadas de otros investigadores privados con más veteranía que enseñaban trucos del oficio, especialmente el saber por dónde filtrarse y en qué manos o bolsillos dejar caer unos billetes en el momento oportuno para conseguir abrir puertas o desatar lenguas. Yo carecía de todo ello, pero debía ser un alumno aventajado, porque tenía algo importante, un sexto sentido profesional. Lo que menos me gustaba de aquella profesión a la que estaba asomando mis narices j»r puro afán de lucro, eran los plantones, las largas horas de espera. Tenía ya un número telefónico anotado en el bloc que habían dejado a mi disposición junto al teléfono del hotel en que me hospedaba.

Aquel número correspondía al yate Aqueronte. Por supuesto, no estaba en la guía telefónica, pues cuando al yate Aqueronte zarpara y abandonara Miami, otro yate engancharía su teléfono a aquella línea y, en consecuencia, el número pertenecería a otro. Aquel número sólo era válido mientras el Aqueronte permaneciera amarrado en el muelle de los yates de lujo que no era el cinco, aunque allí también

amarraban pequeños yates que salían a la pesca de los grandes peces con caña.

Tras hundir las teclas del teléfono, aguardé, pude oír hasta tres largos timbrazos de llamada.

—¿Sí? —respondió una voz masculina, impersonal.

—Dígale a Grissel que se ponga.

—¿Grissel?

—Sí, mistress Grissel-insistí.

—No sé si está —replicó aquel individuo que parecía tan cancerbero como los dos perros doberman que custodiaban la pasarela del Aqueronte.

—Vamos, vamos, no te hagas el idiota, dile a Grissel que se ponga —ordené.

—¿De parte de quién? —preguntó, como dispuesto a colgar el teléfono.

—De Jasper, ella ya sabe. Nos vimos anoche en el club.

—Un momento, veré si está.

Primero oí el silencio; después, el motor de una embarcación.

Me daba perfecta cuenta de que estaba actuando con mucho optimismo. Era muy posible que ella no cogiera el teléfono, no habría oído hablar jamás en su vida de un tal Jasper que era yo, pero confiaba en mi cara dura, en mi cinismo, en mi buena estrella desde que comenzara mi nueva profesión, si es que podía llamarlo así. También confiaba en la innata curiosidad femenina, en la coquetería y en la gata caliente que me parecía aquella mujer, que en algo me recordaba a Liz Taylor en sus mejores años de belleza.

—¿Sí, diga? —preguntó una voz cálida, una voz que me produjo un cosquilleo a todo lo largo de mis vasos sanguíneos, especialmente los más excitables a los estímulos femeninos.

—Hola, Grissel, soy Jasper.

—¿Jasper? —repitió con su voz cálida, una voz que derretía cualquier hielo.

—Ayer, en el club marítimo, cuando cenamos, nuestros ojos se encontraron.

Ella se mantuvo en silencio, a la espera, casi conteniendo la respiración como la colegiala que aguarda las primeras palabras de amor de un muchacho que la llama por teléfono.

—¿Qué quiere?

—Grissel, dentro de una hora te pasaré a recoger con mi coche. Me detendré delante de la pasarela. Me reconocerás, voy con un Mercedes amarillo descapotable.

—¿Y por qué crees que voy a salir contigo?

—Porque tú y yo podemos entendernos muy bien.

Colgué, sin darle oportunidad a que me hiciera más preguntas.

Me vestí con unos pantalones de algodón color hueso y una camisa floreada en azul oscuro. Vigilé mi reloj y cuando creí que el tiempo era el adecuado, al volante del Mercedes deportivo me dirigí a los muelles.

No era difícil encontrar el yate Aqueronte.

Frené, sin tocar el claxon. Lancé una mirada a los dobermans que seguían allí, custodiando la pasarela para que nadie pasara. Sobre ellos, un toldillo los libraba del sol de Florida.

Saqué un cigarrillo y lo encendí parsimoniosamente. Puse en marcha una cassette de Tomas Albinoni, pues sabía que este compositor le gustaba a Grissel, había visto cuatro cintas y dos discos en su alcoba.

Era esperar mucho de la suerte. Podía fracasar, lo sabía, pero si Grissel no acudía, insistiría al día siguiente y al otro. Tenía que acercarme a ella y hablarle con toda confianza para conseguir lo que William Campbell exigía a cambio de cien mil dólares; claro que cuando ella

supiese que yo cobraba por aquel trabajo, iba a despreciarme, pero a mí, ¿qué me importaba? Ella era una gata caliente y no tenía ningún derecho a despreciar a los demás.

Yo no miraba al yate Aqueronte, pero tuve la sensación de que me observaban a distancia.

Miré mi reloj. Oí unos pasos, taconeó de mujer. Alargué la mano y abrí la portezuela. Ni siquiera la miré, sabía que la tenía sentada a mi lado. Solté el embrague, hundí el acelerador y salimos a fuerte velocidad.

Ella se puso a fumar. La cassette del «Adagio» de Albinoni concluyó. Sin que yo se lo pidiera, le dio la vuelta y conectó el aparato de nuevo.

Vestía unos pantalones blancos, de los llamados de pinzas, una camisola holgada y un sombrero que la protegía del sol, también ocultaba sus grandes ojos detrás de unas gafas oscuras.

Conduje hacia el sur y nos detuvimos en un complejo turístico, un lugar con amplias terrazas que miraba al mar.

—¿Tomamos algo?—le pregunté.

—Me miró a través de sus gafas oscuras y me preguntó directamente:

—¿Quién diablos eres?

—Jasper.

—¿Jasper? Ese hombre no me dice nada.

3

—¿No te dice nada? Perfecto. —Me observó interrogante—. Entonces, ¿por qué has subido a mi coche?

—Debo estar loca, porque esto podría tratarse de un rapto.

—¿Con posterior violación? —rezongué, sarcástico.

—Quién sabe.

—¿Y te dolería mucho que te violara?

—¿Hablas en serio? —inquirió, endureciendo sus rasgos, lo cual era difícil, porque era una mujer muy hermosa, toda sensualidad. Yo mismo me sentía distinto al tenerla a mi lado y comprendí que Campbell ansiara tenerla junto a sí.

—Verás, Grissel, soy un tipo del que no te debes fiar. Si a mí me interesa una cosa; trato de conseguirla.

—¿Y soy yo lo que tratas de conseguir? —preguntó, desafiante.

Le rodeé la cabeza con mi brazo, la atraje hacia mí y busqué con mis labios aquella boca algo grande, de labios carnosos y brillantes. La besé. Yo no sé qué diablos debía tener aquella extraordinaria mujer que incluso su saliva quemaba, pero más me dolió el mordisco que me propinó en el labio inferior.

—¡Auuugh!

Me aparté de ella. Entre los labios entreabiertos por una sonrisa de satisfacción, Grissel me mostraba sus impecables dientes, unos dientes que me habían mordido.

—A lo mejor me pides que coja entre mis dientes alguna otra cosa.

Me pasé el dorso de la mano por mi labio mordido y mi piel se manchó de sangre. Al mismo tiempo, me sentía furiosamente atraído por aquella boca algo grande, capaz de capar de una sola dentellada, y volví a besarla. A ella pareció gustarle el sabor a sangre porque participó del beso como no lo había hecho ninguna otra mujer conmigo.

Cuando separé mi cabeza de ella, Grissel aún tenía los párpados cerrados. Cuando los abrió, sus ojos parecían enfebrecidos.

—¿Qué es lo que buscas de mí, Jasper? —me preguntó, con una voz tan cálida qué se le había oscurecido sensualmente.

Me olvidé de Campbell, me olvidé de Emerson; me olvidé de la madre que me parió.

—¿Lo mismo que tú deseas?

—Sí. —Sonrió excitante y se removió en el asiento, de tal forma que

pude ver gran parte de sus pechos—.

¿A qué esperas?

Le di a la llave del motor y hundí el pie del gas hasta el fondo. El coche rugió. Metí la primera y solté bruscamente el embrague. El pequeño pero poderoso automóvil dio un brinco hacia adelante, rebasó dos coches, saltó sobre la carretera, pasó por delante de un camión lamiéndole las ruedas y cuando quisimos darnos cuenta, volábamos: en busca de un motel.

CAPÍTULO VII

Palabra que jamás había sentido tal sensación de vacío en mis gónadas. Tenía la impresión de haber participado en un fantástico rodeo en el que había montado a cuatro yeguas salvajes, distintas entre sí, y 3

con cada una de ellas había rugido yo de satisfacción y relinchado ella hasta quedar exhausta. Aquello no habían sido simples galopadas, había sido más, mucho más.

Supuse que debía tener el cuerpo lleno de arañazos, moriscos y quizás moretones de puñetazos que esperaba no se notaran demasiado.

Yo tenía los ojos cerrados en aquellos momentos y ella reía levemente. La oía y su risa era leve, caliente.

Notaba su peso en mi tórax. Estaba sobre mí, de pie, como calibrando hasta cuánto podían resistir mis costillas sin partirse.

Se apoyaba en la parte delantera del pie y movía su cuerpo flexionando las rodillas al ritmo de una música que nos llegaba lejana de alguna otra habitación o quizás del exterior, de algún coche.

—Cabrito, te has portado bien, cabrito, cabrito.

Levanté mis manos y la atenacé por los tobillos.

—¿Qué haces?

Le separé las piernas con la fuerza de mis brazos y la eché hacia atrás

sin soltarla de los tobillos al tiempo que yo abría mis piernas. Ella cayó de espaldas contra el colchón y entre mis piernas.

—¡Bruto!

La solté.

—Hasta insultando eres rabiosamente sensual.

Aquella preciosa hembra volvió a reír. Se medio incorporó, adoptó maneras de gata y avanzó por encima de mí. Comenzó a besarme los labios, a tirarme de las orejas, a pellizcarme las tetillas.

—Otra vez, otra vez —ronroneaba.

—Mesalina-le espeté.

No sé como se las arregló, pero se salió con la suya.

—Ayyyyyy, te quiero, Jasper —me dijo cuando yo estaba mojado en un leve sudor que cubría todo mi cuerpo.

Grissel se encogió junto a mi. Tenía la piel morena gracias al sol de Miami y no había zonas blancas en su cuerpo, por lo que deduje que tomaba el sol desnuda.

—¿Amas a Conrad?—fe pregunté.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó, cogiendo un rizo de mi tórax y enroscándolo en torno a su índice diestro.

—Si lo amas, ¿por qué estás aquí conmigo?

—Si me pides explicaciones, me voy ahora mismo y no nos volveremos a ver jamás.

En aquel momento pensé que, por lo menos en un par de días, sería bueno que no volviéramos a vernos a solas en un motel, pero la estreché más con mi brazo.

—Por mucho que haga de playboy, Conrad es un enterrador.

—¿Lo conoces?

—Personalmente todavía no.

—¿Tienes celos de él?

—Quizás.

—Piensas que soy una zorra, ¿verdad?

—¿Y no lo eres?

—Y tú eres un bastardo.

—Eso es posible, la única que podría negarlo sería mi madre y ya está muerta.

Me pasó el dedo suavemente por el labio herido.

—¿Qué diría Conrad si se enterara de esta escapada?

—Nada, pero es mejor que no lo sepa.

—¿Y William?

Ella dejó de acariciarme y me observó muy interrogante. Su rostro reflejaba preocupación.

—¿William?

—Sí, tu marido, porque, que yo sepa, aún no os habéis divorciado.

—¿Qué sabes tú de William?

—Vamos, Grissel, ¿creías que yo me chupaba el dedo? ¿De verdad has llegado a creer que podías tratarme como a un tonto de playa?

Se apartó de mí y se sentó en la cama; aún no sentía ningún deseo imperioso de cubrir su bella desnudez corporal.

—¿De qué conoces a William?

—He hecho algún negocio con él.

—¿Trabajas en el Banco?

—No.

—Jasper, ¿qué es lo que me estás ocultando?

—Todo. Acabamos de conocernos y sólo nos hemos comunicado en la cama y, por cierto, muy bien.

—¿Quién diablos eres?

—Un tipo que hace trabajos especiales.

—Eso ya lo he comprobado, pero no te pongas a presumir ahora.

—Cuando te he dicho que hago trabajos especiales, quería decir que tu William Campbell me ha encargado algún trabajo y yo voy a comisión.

—¿Qué clase de trabajos? —preguntó, inquieta.

3

—Cobro de impagados, pero de altura, nada de chapuzas.

—¿Eres un matón?

—Nada de eso, soy un tipo que se la juega.

—¿De la Mafia?.

—Frío, frío.

—Aquí estás muy lejos de William.

Busqué un cigarrillo, tomé uno, lo encendí y se lo pasé a ella. Grissel estuvo a punto de rechazarlo, pero lo tomó y yo encendí otro para mí.

—Primero quiero que sepas que a tu William puedo mandarlo al infierno en cuanto me dé la gana, no nos une ningún contrato por escrito. Añadiré que no me simpatiza, pero me encargó un trabajo y estoy aquí para cumplirlo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Llévate de nuevo a su lado.

Me miró, estupefacta, y luego se echó a reír.

—¿Y qué más?

Su carcajada salió disuelta dentro del humo del cigarrillo.

—Que Conrad Emerson se olvide de ti.

—Eso es imposible, Conrad me adora.

—William me ha pedido que haga lo que quiera.

—¿Te ha pedido que lo mates? —inquirió, asustada.

—Si Conrad Emerson muere, él se lava las manos, no quiere saber nada de nada. Me ha contratado como intermediario y si yo me cargo a alguien, es asunto mío, eso es lo que quedó claro entre los dos.

—¿Cuánto te ha pagado?

—Eso es cosa mía.

—Eres un cínico y un bastardo de la peor especie —me insultó, nerviosa.

—¿Por qué, porque tu marido paga a alguien por lo que él no se atreve o no pueda hacer? ¿Porque Conrad Emerson, el enterrador playboy, se lleva a la hembra de otro sin haberse divorciado y deja a su propia familia en San Francisco? ¿Porque no soy como tú, que lo mismo te da acostarte con uno que con otro?

¿Acaso soy peor que todos vosotros?

El sopapo que me dio fue sonoro, sentí que me ardía la mejilla.

Grissel empezó a buscar, no sabía por dónde, sus bragas para comenzar a vestirse. Yo me di un duchazo y le pedí:

—No tengas prisa, te llevo al yate.

—¡Jasper, eres un cerdo! —me gritó, y salió de la habitación dando un portazo.

Me vestí, fui a por mi coche y descubrí que Grissel todavía no había encontrado ningún vehículo que le llevara.

—Vamos, sube —le pedí, abriéndole la portezuela.

Grissel dio varios taconazos, pero en vista de que no llegaba ningún coche, se sentó a mi lado y yo hice rodar el automóvil en busca de la carretera.

—Grissel...

Ella, protegida por las gafas de sol, miraba hacia adelante, no me respondió.

—No quería molestarte, sólo trataba de poner en claro que no soy mejor ni peor que los demás.

—Eres un cínico y un matón, pero no te saldrás con la tuya.

—Bueno, bueno, no será una manera muy brillante de ganarme unos dólares, lo admito, pero cada cual lucha con la espada que le dejan, según dijo alguien. William Campbell se enriquece con la usura sangrando a sus víctimas con elevados intereses, negando créditos a quien en realidad los necesita. En cuanto a Conrad Emerson —seguí hablando mientras adelantaba camiones que se dirigían hacia las bases de la NASA—, tu playboy, se paga los lujos a base de entierros.

—Eso es lícito.

—Perfectamente lícito, pero también desagradable. Promocionando el consumismo de las pompas fúnebres se lucra del sentimentalismo

—Y ahora te toca volver a insultarme a mí.

—Vamos, Grissel.

—¿Ya tienes la pistola para matar a Conrad?

—No tengo deseos de matar a nadie y no quiero insultarte, me caes bien.

—¿Ah, sí?

—Me gustas.

—¿Y le vas a contar a William Campbell que te has acostado conmigo?

—William me dijo que olvidaría todo lo que hayas hecho con anterioridad al retorno a sus brazos y, que yo sepa, aún no estás en ellos.

La mujer se echó a reír de una forma sarcástica y prolongada.

—¡Qué cínico eres, Jasper!

—Bah, no tiene importancia, no hace falta que me halagues.

Confieso que me sentía a gusto en aquel coche deportivo que rodaba tan bien por la carretera y con aquella espléndida mujer a mi lado.

Me olvidaba ya de mis días de trabajador en el paro. ¿Qué clase de vida había escogido? La que el destino me había ofrecido y el destino era siempre muy divertido, cuando no trágico. Ciertamente podía morir asesinado, pero también podía pasar de largo de Miami y seguir carretera adelante, llevándome conmigo 3

aquel magnífico ejemplar de hembra y los dólares que le había sacado a William Campbell, ¿quién podía impedirlo? ¿Cuánto me iba a durar aquella escapada al paraíso?

—Si matas a Conrad, la ley caerá sobre ti.

—Sería justo. Por cierto, vas a presentármelo.

—¿A quién?

—A Conrad Emerson.

—¿Para qué? Será peor si lo conoces. Si quieres matarlo, espéralo en cualquier parte, sorpréndelo a traición y pégale cuatro tiros, será tu estilo de killer a sueldo.

—Prefiero no derramar sangre, preséntamelo y hablaremos.

—¿Y si no te lo presento?

—Lo buscaré por mi cuenta.

—Y si no me deja, ¿qué harás?

—Eso es asunto mío.

—William no se saldrá con la suya, Conrad no se asustará.

—Puede, pero ¿me lo vas a presentar?

CAPÍTULO VIII

Los dobermans gruñeron, con las mandíbulas pegadas a las perneras de mis pantalones. Procuré no mostrarme nervioso y seguí a Grissel hacia el interior del yate después de que una orden tajante en alemán, llegada desde la cubierta alta, cortara de raíz el inicio de los ladridos de los perros.

El hombre de la gorra de plato no era Conrad Emerson, debía ser el capitán de la nave.

Seguí a Grissel hasta una salita muy confortable, con butacas tapizadas en piel de elefante, muebles de caoba y óleos valiosos en las paredes. El lugar impresionaba.

El negocio de los muertos daba mucho; los familiares de los difuntos, llorosos y dolidos, debían firmar succulentos cheques que iban a parar a las arcas de Conrad Emerson que debía tener muy bien montada su cadena de empresas de pompas fúnebres.

—Grissel, me han dicho que te habías ido.

—Sí, con Jasper —dijo ella, alargando su mano hacia mí como presentación.

Grissel seguía ocultando sus bellos ojos tras las gafas, como si temiera que Conrad pudiese leer en ellos.

Conrad Emerson no me miró con buenos ojos, pero había llegado junto con su amante y tenía que soportarme.

—¿Jasper?

—Sí, ése es mi nombre.

—¿Y sus apellidos? —preguntó Emerson.

—Es amigo de William —aclaró Grissel.

—Ah, amigo de William...

—Sí, conozco a William bastante bien dentro de lo que cabe —dije, dejándome caer sobre una de las butacas de piel de elefante, y me sentí como si estuviera cometiendo un sacrilegio ecológico.

—Bueno, voy a cambiarme y luego iré a tomar el sol en la cubierta alta. Vosotros podéis tomar un whisky.

Grissel desapareció, y por la forma en que Conrad Emerson me miró, intuí que me consideraba un rival.

Aquel tipo podía preguntarme de un instante a otro si había hecho el amor con Grissel, o quizás no hiciera una pregunta tan directa para no ponerse él mismo en el disparadero.

Me preparó un whisky largo. Se mostró fríamente amable al entregarme el vaso.

—¿Conocía a Grissel desde hace tiempo?

—No —respondí lacónico, buscando la forma de acosarlo. Aquel tipo me parecía demasiado atraído por Grissel para que ahora la soltara, por muy elocuentes que fueran mis palabras.

—¿Le ha pedido William que venga a ver a Grissel? —preguntó, disparando ya con bala para dar en el blanco mientras se apoyaba de espaldas contra el mueble-bar.

—Más o menos.

—¿Qué es lo que quiere William?

—Ya te lo puedes imaginar —repliqué, tuteándolo directamente.

—Entiendo.

—¿Entonces?

—Podría llamar a un par de fornidos marineros para que lo echaran al muelle —me advirtió con cierto tono de sarcástica amenaza.

—Quizás a Grissel le molestara que a un amigo suyo lo trataran con tanta descortesía —le repliqué, mirándolo por encima de mi vaso, demostrándole que no le tenía ningún miedo.

—¿Va a dejar que lo defienda una mujer?

—No, no pido que me defienda, sólo digo que se puede molestar-bebí un trago.

El playboy de las funerarias empezaba a ponerse inquieto, mi frialdad y laconismo le molestaban, diría más, lo irritaban.

—¿Cuándo se marcha?

—¿De dónde?

—De Miami — replicó, entre dientes.

Era evidente que Conrad Emerson tenía poca cuerda. Lo había imaginado más simpático, mejor anfitrión y gran charlador; quizás es que le había pillado en un momento de irritación a causa de la sorpresiva marcha de Grissel, y el tipo no parecía darse cuenta que tratar de ponerle bocado a Grissel era una ilusión.

—Abandonaré Miami cuando Grissel se venga conmigo.

3

Mis palabras no ofrecían lugar a dudas y las había pronunciado con mucha claridad y lentitud, para que no hubiera confusión al oírlas.

—¿He de entender que el cabrón de William le ha pedido que venga a buscar a Grissel para que se la devuelva?

—Más o menos.

Estalló en una insultante y teatral carcajada, apartándose del mueble-bar para acercarse a una de las ventanas. Miró hacia el exterior, luego se volvió hacia mí de nuevo.

—¿Cree que ella va a volver con William? —me preguntó.

—Sí.

—Pues te equivocas, porque Grissel no regresará nunca junto a ese bastardo hijo de mala madre, ¿lo oyes?

No volverá con él.

—Yo creo que sí, y tú la dejarás marchar —le dije, despacio pero muy firme.

Nos habíamos quedado mirando fijamente a los ojos, cerca el uno del otro, como dos lobos a punto de iniciar una pelea. Teníamos los colmillos listos para saltar al cuello de nuestro respectivo enemigo, pero noté que la mirada se le turbaba ligeramente.

—No sé si te has dado cuenta de que tengo dinero —silabeó—, poder económico y que los dólares en abundancia dan fuerza.

—¿Quieres decir que vas a repartir unos dólares a unos matones para que vengan a por mí?

—Podría hacerlo, y nadie me acusaría de ello porque no habrían pruebas.

—Perfecto, Conrad Emerson, empezamos a hablar claro, por eso te digo que Grissel se viene conmigo mañana. Tú la dejarás marchar y será bueno que te olvides de ella, vuestro rollo se ha terminado.

—¿Y si no la dejo ir?

—Vas a atenerte a las consecuencias. Cuanto más se posee, más vulnerable se es, aunque parezca una contradicción.

—¿Quieres decir que vas a hundirme el yate, que vas a quemarme la casa o que vas a pegarme dos tiros por la espalda?

—Yo sólo te he dicho que te atengas a las consecuencias.

Apuré el trago de whisky, abandoné la butaca de piel de elefante y me dirigí hacia la salida, sin que Conrad Emerson me lo impidiera.

Vi entonces a Grissel que se disponía a subir a la cubierta para tomar el sol. Vestía una especie de monotanga, pero cubría sus pechos con una especie de poncho corto blanco, lleno de puntillas, por entre las cuales pude ver sus preciosos y erguidos pezones.

—Mañana pasaré a buscarte a las diez, ten lista tu maleta, nos iremos.

—¿Y si no quiero?

—Vendrás, aunque sólo sea para marcharte conmigo.

—¿Adonde?

3

—No lo sé, carretera adelante, el país es muy grande.

—¿Tienes el dinero suficiente para mantener mis caprichos? —me preguntó, desafiante.

—No, no tengo ese dinero, pero puedo tratarte como a ti te gusta. Hasta mañana, Grissel.

Me hubiera gustado besarla, pero no lo hice, y quizás ella quedó algo defraudada porque era una coqueta nata. Pasé entre los dobermans. Oí unos leves gruñidos de advertencia, pero los perros no llegaron a ladrarme y abandoné el yate Aqueronte. ¿Se acojonaría Emerson o enviaría a alguien para que me diese una paliza que me llevara al hospital durante largo tiempo?

CAPÍTULO IX

No me gustaba pensar que iba a tener que emplear la pistola «Colt» 25 que alguien me enviara por recadero, pero tampoco me agradaba la idea de que alguien viniera a apalearme o a matarme y yo no tuviera con qué defenderme.

Después de todo, lo único que estaba haciendo era decirle a una mujer que se la estaba pegando a su marido, que regresara al hogar, dulce hogar, que él la perdonaría. Visto así, yo era una especie de angelito, pero tampoco era tan tonto como para no darme cuenta de que mi posición no era la de confesor matrimonial.

Se me había encargado que solucionara aquel problema por las buenas o por las malas, lo cual siempre podía resultar desagradable. No se puede obligar a una hembra a reunirse con su macho sin amarle. El

asunto tenía mala salida, pero si ella regresaba con el banquero aunque sólo fuera por un par de semanas, yo cobraría el completo de mis cien mil dólares. Luego, al diablo con todos.

Bueno, si Grissel quería reunirse conmigo, yo no iba a oponerme demasiado, aunque me guardaría mucho de asegurar que aquella mujer iba a serme fiel durante mucho tiempo, claro que yo tampoco podía jurar que iba a serle fiel a ella. No sé por qué, pero al pensar en esto, recordé a Palm.

¿Qué estaría haciendo Palm en el club donde alternaba, donde hacía de gancho, donde soportaba conversaciones para que los clientes consumiesen bebidas caras? ¿Se iría a acostar con alguno de ellos?

Dejé la pistola lista pero con el seguro puesto, no quería que se me disparase en el bolsillo. Si algún policía me preguntaba por qué la llevaba encima, tendría que contar que me habían hablado mucho de la gran delincuencia qué se vivía en Miami, donde estabas expuesto al robo, a la cuchillada, al atropello, no tanto como en la macrópolis de New York, pero había que andarse con cuidado.

Sonó el timbre del teléfono. Mientras b descolgaba me pregunté quién diablos podía ser.

—¿Jasper?

—Ah, eres tú, William —fe dije con toda familiaridad.

—¿Cómo está mi asunto?

—Ya he hablado con ellos.

—¿Con los dos?

—Sí-respondí.

—¿Y qué han decidido?

—¿Qué puedes ofrecerle a Grissel?

—¿Yo? —inquirió, sorprendido.

—Sí.

—¿Porqué?

—El sepulturero le ofrece yate, regalos y además es más joven y mejor parecido que tú. Has de ofrecerle algo bueno a cambio de que ella abandone al sepulturero.

—Soy su marido, —replicó, en tono grave y tajante.

—Hum, me temo que eso es poco argumento para una mujer como Grissel. Además, los papeles pueden anularse con un divorcio.

—No se divorciará de mí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Se lo impediré.

—Legalmente puede conseguirlo, aunque trates de impedirselo.

Molesto, gruñó:

—Te he enviado a ti para que me la traigas, para eso te pago cien mil dólares.

—¿Qué pretendes, que te la traiga encerrada en una jaula? Vivimos tiempo modernos donde la mujer no es una esclava, hay que convencerla para que regrese.

—Convéncela tú y a ese bastardo de sepulturero, dile...

—¿Qué? —pregunté ante su silencio.

—Volveré a llamarte para ver cómo va todo —me dijo, sin querer añadir amenazas que lo comprometieran demasiado respecto a Conrad Emerson.

William Campbell me colgó antes de que lo enviara al infierno, y eso me hizo pensar que yo mismo empezaba a ponerme nervioso.

Tenía una pistola en la mano, a una mujer diabólicamente bella y atractiva y a un tipo millonario al que, en cierta manera, había amenazado. ¿Cómo iba a responder aquel sujeto que se creía el guapo playboy de Miami? Y yo, ¿qué tenía en mis manos? Los dólares que

me había anticipado Campbell, mi buena estatura, mis puños, una pistola y una cara más dura que el cemento.

Estaba jugando una partida de póquer por todo lo alto, con tipos que podían jugar muy fuerte y yo no tenía nada, ni siquiera buenas cartas.

Tenía que echarme un farol y si lo descubrían, despertaría en un hospital, metido dentro de un caparazón de yeso que me impediría moverme, quizás para toda la vida, o ni despertaría, y algún tipo en la Morgue se encargaría de hacerme una autopsia poco artística.

Era ya de noche.

Miami vivía las orgías nocturnas de los turistas y el sabor del sudor de quienes servían a los turistas, especialmente latinoamericanos, se tornaba agrio. Los hombre del norte, de ojos redondos y caras rosadas, habían bajado a divertirse bajo el sol de Miami y procuraban no entremezclarse demasiado con los latifundistas latinoamericanos que vivían allí, mientras los brazos del hambre trabajaban sus tierras o sus

4

minas bajo la atenta vigilancia de los fusiles M-16.

Los hoteles y complejos turísticos de ocio semejabán ascuas de luz.

Aquella era una parte del paraíso americano. Matrimonios, especialmente de edad madura, gastaban los dólares recogidos durante un año de trabajo y se decían el uno al otro lo felices que eran por poder disfrutar del paraíso de Miami, mientras recordaban, las advertencias recibidas en cuanto a llevar bien cogida la cartera para que no les fuera robada.

Sonó el timbre otra vez, no sabía por qué pero lo esperaba. Era demasiado pronto para que la dirección del hotel me advirtiese de que era conveniente que pagara, pero ahora no tenía problemas de dinero.

—¿Jasper?

La voz hablaba en un tono muy bajo, como si no quisiera ser oída por nadie más. Con una sola palabra, tuve la sensación de que estaba angustiada.

—¿Grissel?

—Jasper, ¿puedes venir a buscarme esta noche? —me preguntó, en un tono muy bajo, confidencial. Nadie debía estar oyéndola y la angustia se reflejaba más en su voz.

—¿Ha ocurrido algo? — pregunté.

—Necesito que me saques del yate.

—¿No puedes salir tú sola?

—No, me vigilan —respondió, y yo la imaginé medio escondida, a oscuras, mirando en torno suyo, temerosa de ser descubierta.

—¿Está Conrad en el yate?

—Sí.

—Malo. ¿Y quién más hay?

—Tres hombres de su confianza.

—Cuatro por uno, salgo perdiendo.

—¿Tienes miedo?

—No, no es eso. ¿Y los perros?

—A las once, Roby, el mozo, los saca a caminar por los muelles.

—¿A las once, has dicho?

—Sí.

—Entonces, cinco minutos después estaré ahí. Haré unos destellos con los faros del coche y luego me acercaré a la pasarela, ten lista tu maleta.

—Tengo miedo, Jasper. Conrad no es el hombre pacífico que parece, es muy colérico y más si ha bebido más de tres whiskies.

—¿Y los ha bebido?

—Sí.

—¿Y te ha pegado?

No quiso responder directamente. Muy angustiada, pidió:

—No me falles, Jasper, te esperaré lista.

Colgó.

Había llegado para mí el momento difícil de la verdad. Me vestí de oscuro y dejé caer la pistola dentro del bolsillo de la chaqueta.

¿Qué me iba a pedir Grissel, que la llevara hasta William para que uno llorara en brazos del otro y volvieran a prometerse fidelidad eterna, o me pediría que ella y yo nos largásemos a cualquier parte? De cualquiera de las dos maneras, yo salía ganando. Si la devolvía al banquero, éste me pagaría los cincuenta mil dólares que faltaban para cerrar el trato. Si me la llevaba a ella, no cobraría, pero tendría conmigo a la mujer más sensual que había conocido. ¿Cómo sería mi vida a su lado? Posiblemente una gozada infernal.

Consulté mi reloj en varias ocasiones, tuve tiempo de comerme un plato combinado y beberme una jarra de cerveza.

«Jasper, no es tan malo estar en el paro», me dije, sin saber cómo terminaría aquella aventura.

Desde mi hotel, es decir, al hotel en que me hospedaba hasta los muelles en que se hallaba amarrado el yate Aqueronte, había unos veinte minutos en coche, siempre que no quedara atrapado en un atasco, pero Miami distaba mucho de ser New York, Chicago, San Francisco o Los Angeles.

Mi deportivo Mercedes ronroneaba a gusto, como una gata llena de placer, una gata caliente. Yo le pisaba el acelerador y él adelantaba a los otros coches con suma facilidad.

Me dije que como no pensaba en convertirme en padre de familia, cuando regresara a Kansas me vendería el otro coche y me quedaría definitivamente con aquel deportivo.

Me filtré por los muelles. Me crucé con un patrullero que andaba

buscando sospechosos y yo no tenía por qué esconderme, aún no había cometido ningún delito.

Avisté el yate Aqueronte e hice señales con las luces. Me estacioné pegándome a la pared de un almacén, pero dejando el coche listo para salir zumbando, sin verme obligado a tener que realizar ninguna maniobra.

¿Estarían los perros en la pasarela?

Me apeé del coche y miré a un lado y a otro. Por el muelle no se veía a nadie. A unas docenas de yardas de mí, habían estacionado otros automóviles. Dentro de uno de los yates se celebraba una fiesta.

Me acerqué a la pasarela del Aqueronte y no oí gruñido ni ladrido alguno. Los dos fieros dobermans habían salido a pasear, o lo que era lo mismo, a vaciar sus vejigas y otras cosas.

No veía a nadie. Esperaba que de un instante a otro apareciera Grissel con una maleta en la mano, pero pasaban los segundos y ella no se veía por parte alguna.

—Grissel-me atreví a llamar, tímidamente.

Recorrí la pasarela y entré en el Aqueronte, un magnífico yate que yo no aspiraba a poseer jamás.

Toqué la pistola en mi bolsillo y me dije que si los perros aparecían, los iba a freír a tiros; lo que no 4

consentiría de ninguna de las maneras era que ellos me despedazaran a mí.

Instintivamente, empuñé aquella pequeña y brillante pistola, propia para ser llevada en un bolso de mujer.

Me hallaba furtivamente a bordo del yate y si me descubrían iba a tener problemas de difícil solución.

—Grissel —insistí, mientras avanzaba por el lado de babor.

Dentro de la sala noble del yate había una luz tenue. Iba a arriesgarme

entrando en ella; si Conrad Emerson había bebido en exceso, estaría durmiendo.

Abrí la puerta y entré, di un par de pasos y casi tropiezo con él.

Estaba allí, caído en el suelo, cerca de mi, con una rodilla doblada hacia adelante como si fuera a correr.

Ya no me pareció tan elegante ni tan playboy. Aun a la escasa luz, pude observar que su dentadura no era natural, quizás había perdido los dientes en algún accidente de automóvil o se los había partido de un puñetazo alguien al que le había parecido demasiado la factura por sus servicios funerarios.

—Jasper, eres un imbécil-me dije, de pronto.

Comprendí que si la policía me atrapaba allí, pistola en mano, me iban a dejar dar muy pocas explicaciones.

Ya estaba metido hasta el cuello en un lío muy gordo. ¿Quién había matado a balazos al playboy sepulturero? ¿Habría sido Grissel, la sensual gata caliente? Y si ella lo había hecho, ¿por qué?

Cabía la posibilidad de que él la hubiera sorprendido tratando de escapar y estando él bebido y después de darle una paliza, ella hubiera tenido que defenderse.

—Demasiadas suposiciones, Jasper —rezongué—. Hay que largarse, en cualquier momento puede regresar el tipo de los perros. Me cortarán la salida y él, a su vez, descubriría el cadáver de su patrón y llamaría a la policía.

Me sentía mal. Yo no tenía tripas de asesino y tampoco deseaba que me acusaran de serlo, de modo que salí de allí. A mi mente acudió el pensamiento de que debía haber dejado mis huellas dactilares en el pomo de la puerta y sacando un pañuelo, lo limpié tras cerrar.

Oí ruidos, miré y pensé: «Estás jodido, Jasper, el tipo de los perros ha regresado.»

El marinero que había sacado a pasear a los dobermans los dejó a la entrada de la pasarela, montando guardia, en la seguridad de que nadie iba a entrar sin que los animales trataran de impedirselo.

Ante el taponamiento de la salida por aquellos dos fieros canes, sólo tenía tres soluciones: Una, tirarme al agua y largarme nadando entre

los yates. Dos, empuñar la pistola con firmeza y ejecutarlos, porque los dobermans no entendían de razonamientos ni de amenazas. Los apuntabas con una pistola y a lo peor se creían que les estabas ofreciendo un solomillo de ternera y de una dentellada se te llevaban hasta la mano.

Tres, pasar entre los chuchos silbando, como si me fuera al shopcenter de la esquina a buscar tabaco.

«Jasper, si alguna ocasión habías pensado hacer lo más difícil todavía, como en el circo, éste es tu momento», me dije y escogí la solución tres.

En un segundo, tomé la determinación de que no debía temer a los perros, que no debía sudar de miedo.

Perritos, perritos guapos, amiguitos, me dije al tiempo que sonreía y me encaminaba hacia la salida.

Los dos pares de ojos de tonalidad sanguinolenta se volvieron hacia mí y yo no me detuve ni para pensar por dónde empezarían a mordirme.

4

Llegué hasta las dos bestias negras y ambas al mismo tiempo pusieron sus fauces babeantes contra las perneras de mis pantalones. Me olfatearon, gruñeron ligeramente y yo seguí por la pasarela hacia el muelle.

Fue muy curioso, porque aquellas bestias que me habían dejado salir del yate, posiblemente no me hubieran dejado entrar. Mi olor corporal debía haberse grabado ya en su sesera y había quedado como amigo de la casa porque había llegado junto a Grissel.

Obviamente, no me volví para preguntarles por qué habían sido tan amables conmigo. Con paso rápido pero sin correr, me dirigí hasta el deportivo y entré por encima para no hacer ruido abriendo y cerrando portezuelas. Lo puse en marcha con una suavidad rayana en el silencio y lo saqué de los muelles. Cuando volví a ver el coche patrulla me pregunté: «¿El tipo de los perros habrá telefoneado ya a la policía?»

Regrese al hotel y recogí las pocas cosas que tenía. Pedí la cuenta que me sirvieron por computadora, pagué y regrese al coche para salir a escape del estado de Florida; Entonces, la descubrí sentada dentro del pequeño pero veloz automóvil.

—¡Grissel!

CAPÍTULO X

Conducía

En aquel momento, yo hubiera deseado que el pequeño, pero rápido vehículo, se transformara en un jet para salir del Estado. No estaba muy seguro de que no nos fuera a detener algún patrullero de la policía en la carretera o en la mismísima frontera del Estado.

—Te juro que yo no lo he matado —me repitió Grissel por enésima vez.

—¿Quién le ha pegado entonces los tiros al sepulturero? —pregunté sin dejar de conducir a alta velocidad mientras me cruzaba con otros faros deslumbrantes en la carretera.

—No lo sé.

—Unos tiros se oyen —repliqué—, salvo que los hayan hecho con silenciador, y un silenciador sólo lo posee un profesional de la muerte.

—He oído motores de embarcaciones, son muy fuertes. Si alguien dispara un arma cuándo pasa una embarcación con un motor ruidoso, no se oye.

—¿Ha estado William aquí? —pregunté.

—¿William?

—Sí, tu marido.

—No, yo no lo he visto. Además, él no haría nunca una cosa así.

—Pues alguien lo ha matado y yo me he sentido dentro de una trampa.

—Y has pensado que yo te había metido en esa trampa, ¿verdad?

—No te lo voy a negar —confesé.

—Conrad era un hombre de mucho dinero, debía tener muchos enemigos. Se había apoderado de muchas funerarias pequeñas, las había arruinado para hacerlas desaparecer y ocupar el lugar con una de sus sucursales.

4

—Mientras no se hayan levantado los muertos para pasarle cuentas —bromeé.

—Tengo miedo, Jasper —musitó Grissel. Se encogió sobre sí misma y me dio la impresión de que se dormía.

No la desperté hasta llegar a una gasolinera donde le pregunté si quería tomar algo, y sólo bebió leche con cacao. Yo tomé una hamburguesa con cebolla y dos cervezas para poder digerirla y después proseguimos el viaje.

El día siguiente amaneció soleado. Ya fuera del Estado de Florida, cuya frontera crucé con un suspiro de alivio, me salí de la carretera y me acerqué a un pequeño río. Allí, metí parte del cuerpo en el agua.

Necesitaba descansar y me tendí sobre la hierba, a la sombra de un árbol. Grissel me besó en los labios.

Nuestros ojos se encontraron y entonces pude ver qué en su cara había señales de golpes. Levanté la mano con cuidado y la acaricié.

—¿Te duele?

Ella agitó su pelo.

—Se puede soportar.

—¿Tienes más golpes en el cuerpo?

—Algunos-respondió, lacónica.

—¿Quién fue?

—¿Qué importa?

—¿Conrad?

—Había bebido. Los hombres, cuando bebéis, os ponéis insoportables.

—No todos. Por cierto, ¿sabes conducir con cambio de marchas?

—No, siempre he llevado coches automáticos.

—En ese caso, descansemos los dos.

Dormí algo más de tres horas y me despertó el hambre que roía mi estómago. Grissel estaba junto al río, peinando sus cabellos. Pese a los momentos difíciles, seguía siendo la, hembra atractiva y subyugante, capaz de cegar la racionalidad de los hombres.

—¿Cómo va eso, Grissel? —le pregunté, a modo de saludo.

—Un poco dolorida, pero no le guardo rencor a un muerto.

—¿Te pegó por el alcohol o por celos?

—Por las dos cosas —respondió, sincera.

—¿Te das cuenta de que eres una mujer que desatas los celos de los hombres?

—Yo no tengo la culpa de gustaros.

—No, no tienes la culpa, pero te va la marcha.

4

—El amor, cuando se culmina, es un gozo y a mí me gusta gozar.

Me arrodillé frente al río como si fuera a orar de cara a la Meca y metí la cabeza en el agua para despejarme. La sacudí a un lado y a otro, me volví hacia Grissel y le pregunté:

—¿Quieres que te lleve junto a William?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que te pague el trabajo.

—No me digas que te vas a sacrificar por mí.

—No, no me sacrifico por nadie. Cuando te haya pagado, me telefoneas y lo abandono de nuevo.

—¿Lo odias?

—¿Te ha contado que es impotente?

—¿Impotente? —repetí, sorprendido—. ¿Qué entiendes tú por impotente?

—Pues lo que entendería cualquiera, no apto para el coito.

—Vaya, eso sí que es una novedad. ¿Por qué exige entonces que regreses junto a él y paga tanto dinero por ello?

—Porque es un perverso y un sádico. Él no puede obtener el placer que desea conseguir y tampoco quiere que yo lo obtenga.

—Cuando lo descubrí borracho, no me pareció que fuera un impotente que llora el abandono de su mujer, no lo entiendo.

—Estuvo en tratamiento psiquiátrico.

—¿Y los fármacos que le dieron lo dejaron impotente?

—Sé que eso suele suceder, pero en el caso de William, no.

—¿Ah, no?

—No. Él fue al psiquiatra porque era impotente y yo le dije que si no se curaba me divorciaría de él.

—Pero él no ha sido siempre impotente, ¿verdad?

—No, es cosa de hace un par de años. Le sugerí que fuera a ver a los médicos, al psiquiatra, al sexólogo, pero no había nada que hacer. Le di un tiempo que a mí me pareció prudencial para que se repusiera.

—Y mientras él se recuperaba, tú te marchabas con el playboy de los entierros.

—¿Es que vas a acusarme tú también de algo? Conrad era amigo de William; por sus negocios, tiene tratos con el Banco de William.

—¿Y os conocisteis en una fiesta?

—Sí, nos conocimos.

4

—Y Conrad te hizo la corte y te sedujo.

—No soy ninguna niña.

—Eso ya lo he comprobado.

—Eres muy sarcástico, Jasper.

—Quiero averiguar la verdad.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de Conrad Emerson. Es un tipo que no me cayó bien, pero de eso a matarlo, va un trecho. Además, no me gusta que me conviertan en el sospechoso número uno, huelo a trampa.

Palabra que estaba mas confuso que si hubiera pasado por una sesión de electroshock. Si yo era un cínico que por haber quedado en el paro me estaba buscando la vida como podía, ellos eran una pandilla de sinvergüenzas y entre ellos había un asesino. Quizás el crimen no fuera más que una vendetta entre funerarios, o bien las funerarias sólo eran una tapadera para los verdaderos negocios de Conrad Emerson.

¿Quién podía saberlo?

—¿Qué piensas? — me preguntó Grissel.

—¿Adonde irás cuando te largues del lado del banquero? —inquirí, en vez de responder a su pregunta.

—No sé, quizás pase un tiempo contigo.

—¿Tienes más amigos?

Me miró y sonrió con su picardía habitual, caliente y maliciosa. Pensé que hasta se le borran del rostro las marcas de los golpes recibidos y volvía a ser la mujer seductora de siempre.

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

Grissel me besó, mimosa. Comprendí que quería quedarse conmigo, pero yo me dije que aquél no era el mejor momento. Era muy posible que tuviéramos a la policía detrás, nos buscarían.

Un helicóptero nos podía descubrir en seguida en la carretera, mi pequeño coche deportivo era muy identificable aun a distancia. Además, estaba cansado. Me escabullí de sus besos y la cogí por una mano.

—Anda, vamos, todavía queda mucha carretera por delante.

El deportivo respondía bien, sostenía magníficamente la marcha prolongada sin recalentamientos, claro que el coche había sido puesto a punto por un buen mecánico.

Cuando el depósito se vaciaba, volvíamos a llenarlo a tope. Comíamos frugalmente, tomábamos café y proseguíamos la marcha devorando asfalto a todo gas, aunque respetando los máximos de velocidad autorizados, entre otras cosas para no llamar la atención de ningún agente de tráfico.

Ya dentro del estado de Kansas, metidos en una carretera de tercer orden, me salí a la derecha del arcén antes de rebasar el puente que cruzaba el río.

Frente a nosotros se extendía un cementerio de automóviles que yo conocía bien, allí solíamos enviar a nuestro mecánico en busca de accesorios difíciles de conseguir, con los que poníamos a punto coches usados que dejábamos dispuestos para la venta.

Toqué el claxon y una automoto-grúa se detuvo, dejando caer el

destrozado automóvil que sostenía entre sus mordazas y produciendo un ruido inquietante.

Salí del coche y agité mi mano en alto.

—¡Old Murray, Old Murray! —llamé.

El hombre de la automoto-grúa salió, lo conocía bien. Tenía el pelo entrecano y el rostro surcado de arrugas.

—Eh, Jasper, ¿qué haces por aquí?

—Verás —bajé la voz—, tengo un ligue. ¿Puedes prestarme las llaves de la cabaña?

—Hombre, cómo no —respondió, sacando unas llaves que me entregó—. Bonita hembra y un buen coche, de éstos no vienen por este cementerio. Esos malditos europeos hacen durar los coches más que nosotros.

Old Murray me entregó las llaves y yo regresé al deportivo. Di media vuelta y salimos zumbando, dejando atrás aquel mar de coches convertido en chatarra.

Old Murray, viejo amigo de mis tiempos de vendedor de coches usados, no me había fallado. Yo sabía muy bien dónde estaba la cabaña, una cabaña que dominaba el río, entre árboles, una cabaña que por no estar lejos de la carretera, no le faltaba de nada.

—¿Es tuya? —preguntó Grissel al ver la cabaña.

—No, es de Old Murray.

En aquella cabaña yo tenía recuerdos de gozadas con otras mujeres, mis primeras escapadas con casadas aburridas que se habían divertido mucho conmigo, enseñándome infinidad de cosas del oficio del amor, claro que algunas, como Grissel, llegaban a transformar el oficio en arte.

—¿Por qué venimos aquí, si ya no estamos tan lejos de casa?

—Porque junto a tu banquero puede estar esperándonos la policía y el olfato me dice que si me meten entre rejas, luego me van a dejar muy pocas posibilidades de gritar soy inocente.

—Entonces, ¿nos vamos a quedar aquí o desde aquí harás que yo me vaya a reunir con William?

Toqué mi sien con el índice y le dije:

—Aquí ya bulle un plan. Dentro de la cabaña hay teléfono y no dejaré que nadie me sorprenda.

Dos o tres horas más tarde, en el noticiero que apareció en el pequeño televisor que poseía la cabaña, pudimos oír y ver:

—La policía de Miami asegura que tiene pistas fundadas para localizar al asesino del desconocido playboy Conrad Emerson, propietario de la Emerson Well Death Company que, como todos ustedes ya saben, fue asesinado a tiros en su yate Aqueronte...

Mientras el locutor del noticiero seguía hablando, pudimos ver una filmación del yate y cómo la policía sacaba el cadáver de Emerson.

CAPÍTULO XI

William Campbell cogió el teléfono con aparente tranquilidad, quería dar sensación de seguridad en sí 4

mismo, pero yo lo noté tenso.

—Soy Jasper-dije.

—¿Cómo está Grissel? —me preguntó rápidamente.

—Bien, a mi lado, segura.

Campbell suspiró demasiado elocuentemente, lo pude oír a través del teléfono. Luego, se atrevió a preguntar:

—¿Quién apretó el gatillo, tú o ella?

—¿Te has enterado ya de la muerte del sepulturero?

—Sí, cómo no, lo han dado en los informativos, ha trascendido más allá de lo que es una noticia local.

Conrad Emerson era muy conocido en ciertos ambientes y lo habían sacado en unas cuantas revistas del corazón...

—William, quiero mis cincuenta mil restantes.

—Hombre, todavía no tengo a Grissel a mi lado.

—La tendrás, y muy pronto —repliqué—, pero quiero mi dinero en billetes, tenlos dispuestos.

—¿La traerás aquí?

—Sí, y no temas, no viene atada de pies y manos. La dejaré en tus manos por su propia voluntad.

—¿Y qué garantías tendré de que no volverá a escapar?

—Ese será trabajo tuyo. En principio, no te emborraches. El contrato entre tú y yo fue dejarla en tus brazos y qué Conrad Emerson no la molestara más, y eso creo que se va a cumplir. Emerson no volverá a seducirla, salvo que se vuelva vampiro.

—¿Adonde he de llevar el dinero?

—Tenlo listo y lo sabrás cuando llegue el momento, que será esta misma noche.

—¿Dónde estáis?

Colgué.

Imaginé a William Campbell crispado y mentando a mi madre. ¿Reuniría los cincuenta mil dólares que tenía que darme?

—¿Qué ha dicho William? —preguntó Grissel, saliendo de la ducha.

—Vendrá a recogerte.

—¿Cuándo?

Encendí un cigarrillo y no quise responderle. Miré hacia el río, sus aguas me parecieron de una tonalidad verdosa, era el reflejo de los espesos bosques que crecían desde sus orillas. Siempre había pensado que la cabaña de Old Murray era magnífica. «Algún día me construiré una igual», me había dicho en muchas ocasiones, cuando una mujer todavía ronroneaba en la cama.

—Me trae suerte —dijo en voz alta, inconscientemente.

Las manos frías y levemente húmedas de Grissel se posaron en mi espalda, incluso noté su mejilla sobre mi espinazo.

—¿Qué es lo que te trae suerte, amor?

—Esta cabaña.

—¿Has traído a muchas chicas aquí?

—A algunas, pero ninguna fue cosa seria. Era muy joven cuando venía por aquí, yo aprendí más de ellas que ellas de mí.

—Ahora no eres ningún inexperto. —Siguió pegada a mi espalda, como si quisiera escuchar el rumor de mis pulmones al respirar.

—Tengo algunas dudas, Grissel.

—¿Cuáles?—preguntó cariñosa, felinamente cálida.

—¿De qué dinero dispones?

—Del mío, claro.

—¿Tú no fuiste detrás de Conrad Emerson por su dinero?

—No, claro que no, yo no soy una zorra ni una starlett que busca publicidad en las revistas del corazón o del cine.

Me volví hacia ella para mirarla a los ojos al preguntarle:

—¿No dependes de William económicamente hablando?

Se echó a reír y se alzó sobre las puntas de sus pies. Me besó primero la punta de la nariz y luego, los labios. Confieso que no me costó nada entregarme a la caricia labial. Si lo que hacía cualquier chica era besar, lo que hacía Grissel con sus labios, con su boca, con su lengua y dientes, era más, mucho más que besar.

—¿A quién llamas? —me preguntó Grissel cuándo volví a discar en el aparato telefónico.

—A una amiga.

—No me digas que pretendes un menage a trois...

—No, claro que no. ¿Palm?—inquirí.

—¡Jasper!

Me satisfizo que ella expresara alegría al reconocer mi voz.

—Oye, encanto, vas a hacerme un favor.

—Yo te hago otro luego —me dijo Grissel en la otra oreja, pues no se me despegaba.

—¿Qué es lo que quieres, Jasper?

—¿Tienes un coche listo?

—Sí.

5

—Bien, vas a viajar esta noche.

—¿Viajar, adonde?

—No temas, no será un viaje largo, no estoy lejos.

—¿Qué pretendes? No me gusta conducir de noche —protestó Palm.

—Puedes conducir despacio, no me importa, pero escucha bien, Palm, escucha... —Me volví hacia Grissel y le pedí—: Mira el cuentakilómetros de mi coche.

—¿El cuentakilómetros?

—Sí, eso he dicho, quiero saber los números que hay allí.

—Está bien.

Se encogió de hombros y fue a mirar lo que yo le pedía. Yo me apresuré a pedirle a Palm:

—Escúchame bien.

—Oye, pero ¿qué dices del cuentakilómetros?

—Olvídalo y atiéndeme, Palm, por favor, vas a hacerle una visita a...

CAPÍTULO XII

El banquero William Campbell frunció el ceño, pero luego cambió toda la actitud de su rostro, así me lo contó Palm posteriormente.

—De modo que tú eres la socio de ese killer a sueldo, ¿eh? — fe dijo más que preguntó.

—Yo no soy socio de nadie, me han pedido que haga un favor, simplemente.

—¿Por qué no me dices dónde hay que ir y tú te vas al club?

—Jasper es un tipo muy raro-replicó Palm—. Hay que hacer las cosas tal como él las pide, de lo contrario asegura que no se divierte.

—¿Te lo ha contado todo Jasper?

—¿Todo, qué es todo? —inquirió ella, torciendo la cabeza entre recelosa e interrogante.

—Pues lo de mi mujer.

—Sé que tu mujer se marchó con otro, ¿no es eso?

—Sí, claro. Vamos, no perdamos el tiempo.

Tomó un bolso de piel de mano como el que llevan muchos turistas en verano, colgando de la muñeca para no perder la documentación; parecía repleto.

—¿Sabes una cosa, Palm?

—Pues...

Mientras se dirigían hacia la puerta, William Campbell explicó: 5

—Nunca te agradeceré bastante que me presentaras a Jasper.

—Jasper es un tipo que me cae muy bien—respondió ella.

Salieron de la casa. Afuera aguardaba el coche de Palm. De pronto, William dijo:

—Aguarda, he olvidado algo.

Palm se quedó dentro del coche, al volante, y vio cómo William Campbell se metía en la casa, era ya de noche. Pasaron unos minutos y comenzó a impacientarse, pero el banquero apareció de nuevo en la puerta.

—Vamos ya. Se me había olvidado tomar algo que Jasper quiere.

—Pues en marcha —dijo Palm.

Ella arrancó el coche y se alejó de la residencia siguiendo el camino que yo le indicara.

—Y después de esto, ¿te vas a ir a vivir con Jasper? —preguntó William, cordial.

—Bueno, yo sólo le estoy haciendo un favor y a cambio de nada —se sinceró Palm.

—¿Sabes que Jasper se está ganando unos buenos puñados de dólares?

—No, no lo sabía, pero no me extraña, es un tipo muy despierto.

—Sí, lo es.

—Dime, William, ¿te ha hecho algún trabajo?

—Oh, sí, con lo que ha ganado podría inaugurar un comercio. Es un joven con porvenir, si es que no se pasa de listo.

Palm diluyó sus recelos en la luz de sus faros. No le agradaba conducir de noche, pero por suerte, la carretera estaba bastante solitaria y más cuando se salieron de la general para pasar a la pésima carretera que los condujo al río. Por ella salieron a una pequeña pista y encontraron la cabaña que tenía sus luces encendidas.

—Ahí está su coche —señaló William.

—¿Su coche? —Palm arqueó las cejas, perpleja—. Ese deportivo no es su coche.

—Ahora si lo es.

Nadie salió a recibirlos y entraron en la cabaña. La puerta estaba abierta. Dentro, mirando la televisión y sentados en el sofá, aguardábamos Grissel y yo. Los cuatro nos miramos. Instintivamente, Palm miró mal a Grissel y ésta dibujó en su rostro un gesto que quería evidenciar la superioridad de una hembra sobre otra.

—Hola, William —saludé—. Ya ves, tu mujer está aquí como te prometí y va a colgarse de tu cuello. ¿No es eso, Grissel?

Grissel me miró unos instantes y asintió.

—Sí, claro, hay que sentar la cabeza.

—¿Has traído el dinero?—pregunté.

5

—Cumpló mis compromisos.

William Campbell me arrojó el bolso de mano. No era muy grande, apenas un palmo de largo por medio de ancho, pero los fajos de billetes estaban dentro, bien prietos. Abrí la cremallera y el ver los billetes me produjo satisfacción.

—Magnífico, William.

—¡Jasper! —exclamó Palm.

Miré a William. Este, en su mano, tenía un revólver Smith and Wesson negro, un modelo pequeño de defensa. Pasé mis ojos del arma a las pupilas de Campbell y su mirada no me gustó nada. Aún no había visto tan cerca la mirada de un asesino y me pareció que William lo era, podía apretar el gatillo de un momento a otro.

—¿Qué significa esto, William, acaso no quieres pagarme?

El banquero rió en clave de «je». Se volvió hacia Palm y le ordenó:

—Ponte delante del televisor.

—Pero, ¿qué pasa?

—No temas, Palm —le dije, tratando de tranquilizarla—. Nuestro amigo se cargó al playboy de las funerarias y ahora parece que quiere hacer lo mismo conmigo.

—Has acertado.

—Pues este negocio no te va a salir bien.

—¿Ah, no, por qué?

—Pues, porque se demostrara que yo no maté a Conrad Emerson —le dije, con una ingenuidad propia de niño de catequesis.

William Campbell volvió a reír en clave de «je», resultaba insultante.

—Nos hacía falta un tonto y tú cubriste la plaza, Jasper.

—¿Nos? —repetí. Me volví hacia Grissel y entonces descubrí que ella tenía la maldita pistola Colt-25 en su mano.

—Lo siento, Jasper. Lo hemos pasado muy bien juntos, pero esta función terminó.

—Vaya, vaya. —Miré a Palm—. Ya ves, amor, querían un tonto y yo resulté el elegido.

—Y has hecho muy bien el papal —me dijo William Campbell—. Saliste a rescatar a mi mujer.

—A mí no hacía falta que me rescatara nadie —dijo Grissel que también me apuntaba con la pistola que encajaba mejor en su mano que en la mía.

—Conrad Emerson era un cerdo-silabeó el banquero—. Yo invertí un millón y medio de dólares en uno de sus negocios, en realidad lo hice con unos pagarés. Él pareció fiarse de mí, debía estar muy seguro de que iba a hundirme. El negocio resultó mal; yo esperaba ganar el cincuenta por ciento.

—Y luego, a negociar con el dinero del Banco, que aunque tú fueras el director, no te pertenecía.

—Así fue, desgraciadamente. Me tenía atrapado y el muy canalla me iba presionando para que le 5

concediera créditos y más créditos del Banco, sin avales, ya qué no podía pagarle los pagarés. Me tenía muy cogido, me extorsionaba.

—Y decidiste apoderarte de esos pagarés y de este modo quedarías limpio ante tus superiores en el Banco

—le dije, sin tono de pregunta.

—Así es. Tomé una avioneta privada y volé hasta Miami, hice el trabajo y ya ves, estuve de regreso antes que vosotros.

Se resistió mucho, pero ya tengo los pagarés en mi poder. Grissel y yo lo planeamos todo perfectamente.

—¿Formaba parte Grissel de los intereses y créditos que el funerario se iba cobrando de ti?

—Yo iba con quien me atraía —replicó Grissel, con una dureza que antes no le había supuesto.

—¿Por qué tu marido es un impotente sexual? —inquirí.

El cabrito del banquero volvió a reírse en clave de «je», «je».

—De modo que le has contado lo mismo que a Conrad, ¿eh, querida?

—William no es ningún impotente —dijo Grissel—. No es ningún garañón como tú, pero hace lo que puede.

—Sí, es una historia que entenece a los incautos —dijo el banquero, riéndose.

—Pues yo me la tragué —confesé—. ¿Y la pistola con que mataron a Conrad Emerson?

—Es la que tú tienes —dijo el banquero.

—¿La que yo tengo, no es la que ahora Grissel tiene en sus manos?— inquirí.

—No. Yo tenía dos pistolitas iguales, lo tenía todo perfectamente planeado. Tú tienes una pistola, pero Grissel, mientras dormías en la

huida, ha cambiado el cañón da su pistolita por el de la tuya.

—¿Para qué? —preguntó Palm.

—Muy sencillo, para que cuando hagan las pruebas de balística se compruebe que los proyectiles que mataron a Conrad salieron del cañoncito de la pistola que tiene Jasper.

Palm preguntó entonces con sencillez:

—¿No era más fácil cambiar una pistola por otra?

—No, querida —rebatí el banquero—. Jasper recibió la pistola desmontada y la montó con sus propias manos. Cuando los investigadores la desmonten con pinzas, encontrarán las huellas de Jasper en las piezas interiores de la pistola. Es así como se constata que una pistola ha pertenecido a alguien. Las huellas quedan incluso en los cartuchos que aún no han sido quemados. Grissel cambió el cañón con una pinzas, yo le expliqué minuciosamente cómo debía hacerlo.

Grissel asintió.

—Así es.

—Y ahora, vas a matarme.

—Si.

5

—¿Cómo lo justificarás, diciendo que te he robado?

—La historia es muy verosímil —me explicó William, al que dejé de creer un tonto—. Tú raptaste a mi mujer porque sabías que yo era director de Banco. Conrad Emerson trató de impedirlo y lo mataste a tiros.

Escapaste con ella y luego, por teléfono, me pediste el rescate. Yo he traído el dinero, pero he venido armado y he podido defenderme. Antes de salir de casa he llamado a la policía explicando, lleno de angustia, que me habían llamado para que fuera a pagar el rescate por

el rapto de mi esposa. La policía nos estará buscando por la carretera, ya sabe que el asesino de Conrad Emerson es el mismo hombre que ha raptado a mi mujer y me hace extorsión a mí. Cuando te mate, llamaré a la policía por teléfono desde aquí y no tardarán en presentarse.

—¿Y yo? —preguntó Palm.

—Lo siento, no podemos dejar testigos, pero te haremos el honor de matarte con la pistola de él. Será una muerte accidental en el tiroteo.

—¡Eh, muchacho! —exclamó el viejo, entrando en la cabaña inopinadamente.

—¡Old Murray! —grité.

William, sorprendido, se volvió hacia él y yo aproveché para darle una patada en la espalda, lanzándolo contra la pared. Salté como una fiera sobre él y Grissel disparó nerviosa, pero su bala se perdió en el aire y Old Murray se lanzó al suelo.

William Campbell y yo luchamos ferozmente, él no quería soltar la pistola. Le retorcí la mano y sonó una detonación. Cuando levanté la vista, vi que Grissel se llevaba las manos al abdomen y soltaba su arma. Golpeé la cabeza de William contra la pared hasta que perdió el sentido. Luego, le pedí a Old Murray:

—¡Llama a la policía en seguida!

EPÍLOGO

El teniente de la policía me miró muy hosco.

—No vuelva a meterse en líos —me recomendó con tono de advertencia—. Esta vez ha estado de suerte.

Por la marca del percutor en los casquillos hemos podido comprobar que ha habido un cambio de cañón de arma tal como había dicho, pero a la próxima puede que no salga con bien del asunto.

Comprendí que quería meterme el miedo en las tripas, pero William Campbell, acorralado, había terminado por hablar.

En la calle, a bordo de mi deportivo al que le había tomado un especial cariño, me esperaba Palm.

—Hola, amor, vamos al hospital, soy libre. Estoy en el paro, pero no en un calabozo.

En el hospital visitamos a Grissel. Se había salvado, pero parecía haber envejecido diez años de golpe; le habían tenido que extirpar el bazo. En su estado, había confesado su parte de culpabilidad, aunque también había dicho que matar a Conrad Emerson no había sido asunto suyo.

Sonreí y le deseé suerte para los próximos años que le quedaban de penitenciaría Palm y yo salimos a la calle.

—¿Qué te parece si montamos algún pequeño negocio, amor? —sugerí.

—¿Qué clase de negocio?

5

—No lo sé, pero tú has terminado como chica de alterne.

—¿Es una imposición machista? —me preguntó.

La tomé en brazos, la pasé por encima de la portezuela del coche y la deposité sobre el asiento.

—Ya hablaremos por el camino, encanto.

Me puse al volante y pisé el gas a fondo.

FIN

5